

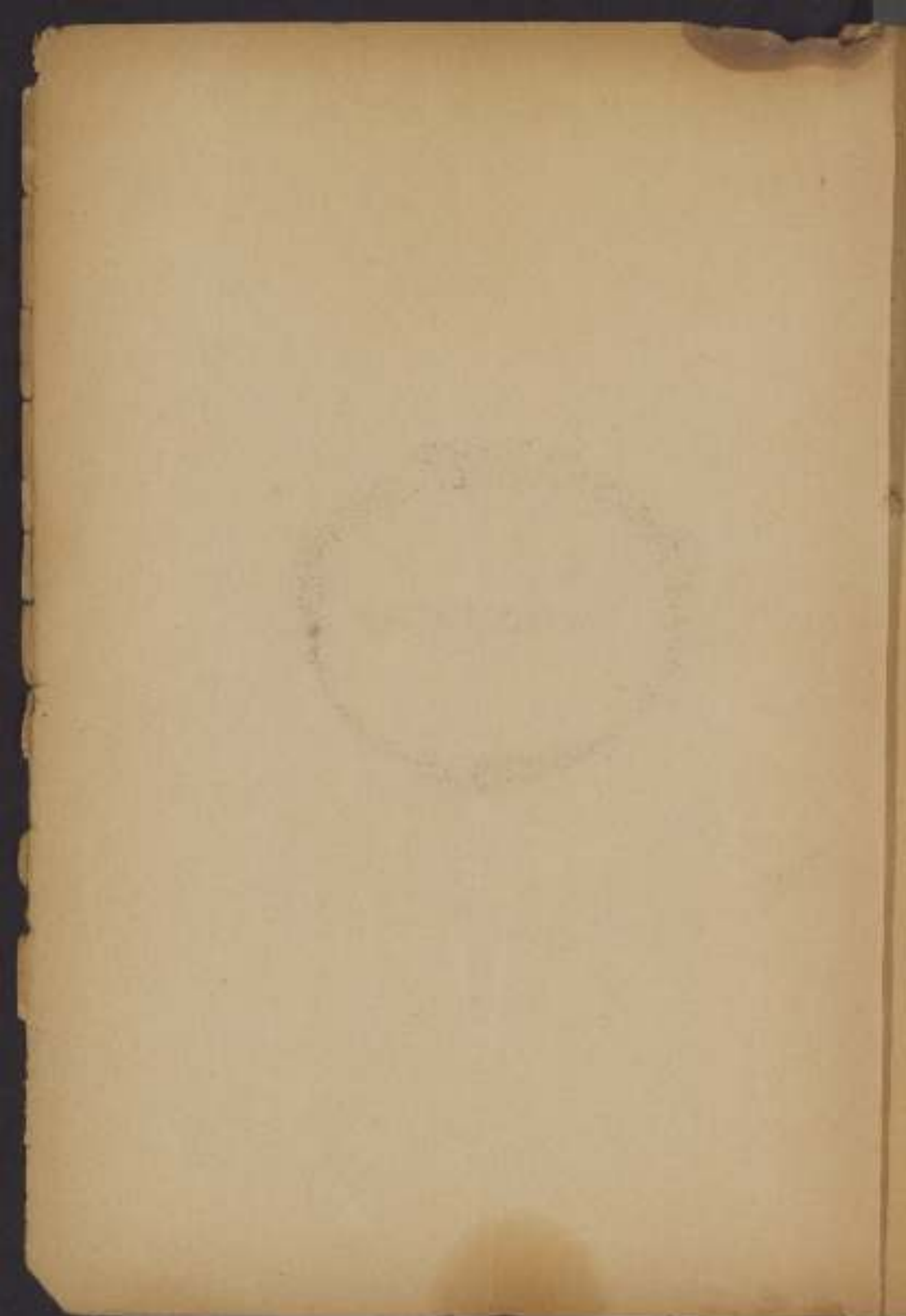
EDICIONES
BIBLIOTECA
FILMS

LA MILLONARIA



2 Ptas.

Lina Seguros
Ramón de Santmencat
Carmen Rodríguez





LA MILLONA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - Valencia, 234 - Tel. 70657 - BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director Propietario: RAMÓN SALA VERDAGUER
Director Administrativo: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 334 - Apdo. Correo, 707 - Tel. 70657 - Barcelona
AGENTS DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Baró, 14 y 16 - Barcelona

EDITORIAL



Publicación Semanal

Año XIII

Núm. 245

La millona

«La Millona» es una de las más bellas realizaciones del cine español. Su argumento, de un interés extraordinario, contiene una emoción pocas veces sentida, una amenidad extraordinaria y sobre todo, pone de relieve la sublimidad de un amor tan puro y tan desinteresado, como es el de una madre.

EXCLUSIVA DE



PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Genoveva Abril</i>	LINA YEGROS
<i>Martina</i>	CARMEN RODRIGUEZ
<i>Antonio Campo Mayo</i> .	RAMON de SENTMENAT
<i>Damián</i>	Antonio Palacios
<i>Señor Durán</i>	Alejandro Nolla
<i>Javier Tolosa</i>	Alfonso Albalat

Adaptación cinematográfica de

A. MOMPLET

Dirección de

A. MOMPLET

Música de

CONRADO BERNAT

Publicación autorizada por

**SELECCIONES
CAPITOLIO**

Narración literaria de
MANUEL NIETO GALAN

LA MILLONA

ARGUMENTO NOVELADO
DE LA PELÍCULA

UNA PROPOSICION DE MATRIMONIO



Lo primero que podía ver el transeúnte al pasar por aquella agencia detectivesca, era un enorme ojo pintado en uno de los cristales, como dando a entender que nada se escapaba a la vista de lince de los que allí trabajaban. Pero si el viandante caminaba cinco o seis pasos más, podía ver en el cristal del escaparate una oreja pintada, como indicándole que no había secretos para los funcionarios de aquella oficina.

Eran muchos los asuntos que allí se trataban y podía decirse que el director de la agencia co-

nocía la vida y milagros de cuantas personas de posición existían en la ciudad. Todos cuantos acudían a la agencia procuraban disimular la verdadera intención que los llevaba y el director, hombre astuto y sin más pensamientos que el de su negocio, hacía ver que los creía y cobraba peseta tras peseta, para ir formando el pequeño capital que permitiría en tiempos próximos engrandecer su negocio.

Allí iba el muchacho alocado que necesitaba un préstamo, firmando pagarés pagables al recibir la herencia de algún pariente, y el director, con aire bonachón,

respondía casi siempre las mismas palabras:

—Lo que usted pide es muy difícil, pero, en fin, ya veremos. Pásese por aquí dentro de cuatro o cinco días y quizás...

Y, en efecto, a los cuatro o cinco días se firmaba el pagaré y el muchacho podía percibir unos cuantos cientos de pesetas por las que más tarde tendría que pagar miles.

Otras veces eran hipotecas y el resultado era igual. Estas hipotecas siempre eran por asuntos de negocios, por viajes imprevistos, por cualquier causa, menos por la verdadera. El director no preguntaba más. Se limitaba a tomar nota del deseo del cliente y a los pocos días, asunto concluido.

Más de una vez se trataba de casamientos. Casi todos eran hombres que estaban cansados de la vida de soltero y querían formar un hogar. Eso sí, con una compañera «digna» y de buena posición. Y también para esto se las pintaba solo el director, quien casi siempre había encontrado la «digna» compañera que se buscaba.

Serían las once de la mañana cuando se abrió la puerta de cristales y apareció una mujer de

unos veinte años (si tenía más, bien podía pasar por aquella edad). Era una mujer de una belleza exquisita, de una belleza dulce y suave, aun cuando ella parecía poner un gran empeño en hacerla provocativa. Mas en sus ojos, de un color de azul de cielo, en su sonrisa, en sus ademanes, en toda su persona se vislumbraba un aire tal de sentimentalidad que difícilmente podría creerse que aquella mujer fuera lo que ella pretendía aparentar.

Había dado un buen anticipo al director de la agencia y éste, al verla entrar, se apresuró a saludarla, diciéndole:

—Buenos días, señora.

La aludida devolvió el saludo, más por costumbre que por ganas de hacerlo y se sentó en el sillón que el director le ofrecía cerca de la mesa en que estaba trabajando.

—¿Cómo va mi asunto?—preguntó la joven.

El director sonrió, como dándole a entender que iba por buen camino y le respondió:

—Su asunto es muy delicado, pero espero que quedará usted complacida.

—Veamos—dijo ella indolentemente.

El director extrajo de un armario una fotografía y se la entregó a ella, preguntándole:

—Creo que es lo que usted busca.

La joven quedó durante unos minutos mirando la fotografía, en la que aparecía un joven de unos veinticinco años. El semblante del fotografiado era en extremo simpático. Ojos grandes y negros, cabello rizado, labios sensuales y una sonrisa que inspiraba desde el primer instante una gran simpatía. Bastaba ver la fotografía para darse cuenta de que aquel sujeto debía tener un gran ascendiente sobre las mujeres. Contenta por el examen la joven preguntó:

—¿Tiene informes?

—Ya tengo la información completa de nuestro galán—respondió el director.

—¿Y él?...

—¡Oh, no sabe nada!... Reúne las condiciones y difícilmente podríamos encontrar otro... Sólo falta que él acceda.

—Bien, bien — le interrumpió ella —. Déme la información. ¿Cómo se llama?

—Antonio Campo Mayo — respondió el director.

Mientras tanto, Antonio Campo Mayo, hijo único de una aris-

tocrática familia, heredero de una buena fortuna, se hallaba en su casa en compañía de una de sus amiguitas, a quien informaba de lo desesperado de su situación.

Desde muy joven, Antonio Campo Mayo había sido lo que se llama una bala perdida. Criado en plena halgazanería, no había hecho otra cosa que divertirse. Conocía todos los deportes, todos los lugares donde se podía divertir alegremente un joven, todas las mujeres de postín que venden a tanto el beso, y conocía también, y esto era lo peor, los garitos donde las fortunas se despedazan con una facilidad asombrosa.

Al entrar en posesión de la herencia de sus padres, por muerte de éstos, Antonio, o mejor dicho Tony, como le llamaban sus amigos, vivió como un nuevo Crespo. Fué amigo de las mujeres galantes más en boga, visitó los camerinos de las artistas más celebradas, concurreció a las salas de juego más fuertes, y pronto la fortuna heredada fué convirtiéndose en humo que se evaporaba entre sus manos de muchacho elegante.

Se había instalado en la misma casa donde vivieron sus padres,

si bien había hecho un cambio en el mobiliario. Había desechado muchas cosas antiguas y las había renovado por otras nuevas.

Con esta vida fué adquiriendo deudas que cada día iban en aumento, si bien sus acreedores, conocedores de la fortuna que había heredado, le daban créditos que luego no iba a poder pagar.

Cuando le faltó el dinero, recurrió a los amigos y vivió durante algún tiempo del sahlazo, pero esto también terminó y en la actualidad Antonio Campo Mayo se encontraba en una situación desesperante y sin más capital que el que le pudiera prestar su fiel ayuda de cámara Damián, que como él vivía a la cuarta pregunta.

Desde hacía más de un mes, su casa parecía el club de los acreedores. El sastre, el camiserero, el zapatero, el mueblistas, etcétera, se daban allí cita, sin poder nunca ver al dueño de la casa. Damián era el que se encargaba de recibirlos y el que también procuraba consolarlos con palabras y promesas que nunca se cumplían.

Pero si situación no había llegado nunca al estado tan difícil como la que se encontraba actualmente. En aquella ocasión

Antonio se daba cuenta de que ya no podría recurrir a nadie. Todos conocían sus muchas deudas y hasta los más íntimos amigos, cansados ya de sus sahlazos, huían en cuanto lo veían para librarse de la estocada. Como decíamos, aquella mañana se hallaba Antonio en compañía de Margot, una muchacha que conocía muy bien la manera de vivir cuando se tiene un «palmito», sin necesidad de estropearse las manos trabajando. Margot, cuando Antonio hubo terminado de contarle su situación, exclamó:

—Entonces, ¿esto se ha acabado por liquidación?

—Total—respondió él.

—Es decir, ¿cerrado por balance?

—No, por defunción.

—¡Pobre Tony! —suspiró ella compadecida—. ¿Dónde cenas esta noche?

El se encogió de hombros, sin darle mucha importancia a la respuesta y contestó:

—En el Palace... invitado.

—¿Y mañana?

—Mañana es vigilia... Ya veremos.

Margot se creyó en la necesidad de seguir compadeciéndole. Era lo menos que podía hacer con quien en varias ocasiones la

había sacado de graves apuros, y exclamó:

—¡Chiquillo, qué pena me das! Yo te quiero como una madre.

Antonio no pudo contener la risa. A pesar de su situación, le quedaba aún algo que no había perdido en su ruina, y esto era su buen humor. Por muy difícil que fuese su situación, no era el hombre que se apurase. Creía que siempre había un mañana peor y procuraba consolarse de este modo. Pero cuando oyó a Margot expresarse así, no pudo por menos que preguntarle:

—¿A cuántos quiers tú como una madre?

—Ay, es verdad. Tengo un corazón tan grande — respondió Margot, dándose cuenta de que a Antonio no era fácil fingirle aquel cariño—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Pues alquilar esta casa y marcharme a la calle.

Margot tuvo de pronto una idea. Bien sabía ella que Antonio era refractario a lo que le iba a proponer en aquella ocasión... y le dijo:

—Oye, ¿por qué no te casas?

Antonio dió un salto como a quien le han pinchado con una aguja y exclamó:

—¿Yo?... ¿Casarme yo?

—Naturalmente. Tú que andas en la buena sociedad y que conoces a tanta niña cursi...

Unos golpecitos dados discretamente en la puerta interrumpió la conversación y Antonio seguro de que era su criado, gritó:

—¡Adelante!

Entró Damián y al ver a Margot hizo un significativo gesto, al mismo tiempo que decía:

—El señor Durán está ahí...

—Díle que no estoy.

Damián no insistió. Sabía demasiado lo que su amo quería decir con aquello y él estaba absolutamente identificado con su señor. Damián era la encarnación personificada del Crispín de «Los intereses creados», y como aquel, sabía sacudirse de encima a los acreedores, sin necesidad de que Antonio tuviera que dar la cara. Sabía, como nadie, tratar a los acreedores y sabía también cómo llegarles al corazón para evitar que la ruina llegase antes de lo que era justo que hubiese llegado.

Para él no había acreedor difícil, excepto uno, el señor Durán. Este era un hombre incommovible. Era el que había amueblado la casa y para quien todas las razones de Damián eran cuentos de

la China. Para el señor Durán no había más sentimentalidad que el dinero, y con un hombre de esta índole poco servían todos los argumentos que ingeniosamente se inventaba Damián.

Salió a cumplir la orden de su amo, antes de que el señor Durán pudiera entrar, y apenas éste preguntó por Antonio, le respondió el criado:

—El señor salió esta mañana y no ha vuelto.

El señor Durán le miró por encima de las gafas y le respondió de mal talante:

—Le advierto que a mí no se me escapa... Usted, más que su criado, es su compinche.

Damián afectó un aire de ofendido y exclamó:

—¿Compinche yo? Le ruego a usted que escoja sus palabras.

El señor Durán sonrió burlanamente a la indignación del criado y respondió irónicamente:

—No, si todavía me van a mandar los padrinos... Pero yo no aguanto más. Todo lo que hay en esta casa es mío...

—Todo... menos el corazón de mi señor—respondió casi llorando Damián.

—Ese se lo guarda usted en un dije, para nada lo necesito.

—Ay, señor Durán—comenzó a

decirle Damián, empezando su farsa—. Habla usted así, porque no conoce a mi señor. Si lo conociera como yo, que llevo 18 años a su lado...

—¿Y ha cobrado alguna vez?

—¡Nunca!... ¡Jamás!... — se apresuró a responder Damián, como si con ello le quisiera hacer una ofensa el mueblista—. ¿Pero es que todo en el mundo es dinero? ¿Y la amistad y el afecto?... El que me dé palmaditas en la espalda... ser su amigo... su confidente... vamos a ver... ¿A usted no le da asco el dinero?

—A mí, sí—respondió el señor Durán—; pero me aguanto.

—Mire usted—siguió diciéndole el criado—, el otro día vino el sastre... y le hablé así, al corazón... como a usted ahora. Y el pobre hombre se marchó llorando.

—¿También a ése le deberán ustedes mucho?

—Un disparate... Los trajes de mi señor y los míos.

El señor Durán le miró asombrado. Por mucha que fuese la frescura de aquellos dos hombres, nunca hubiera creído que llegase a tanto, por lo que le preguntó:

—¿Los de usted también?

—También los míos, sí, señor. El señor es tan amable que me ha concedido que nos vista el mismo sastre... Ya ve usted, siendo tan caro...

—¡Oh, el precio es igual!—le interrumpió el mueblista—. Cuando uno no piensa pagar, qué más da... Pero yo cobro. Dígame usted a su señor... que a lo mejor lo tiene escondido por ahí, que no esperaré más... que mañana embargo todo lo que hay en esta casa.

Damián sabía que aquel «tío» era capaz de aquello y mucho más tratándose de dinero, y ya que no había podido conmovérselo, quería probar si lo intimidaba por otro medio y le dijo:

—¡Un momento, señor Durán! Embargue usted cuanto tenemos... Pero la sala de armas, no.

—¿Por qué?

—Porque las puede necesitar mi señor...

El mueblista se encogió de hombros y para demostrarle que a él le importaba poco que el amo de la casa pensase matarse o no, le respondió:

—Míre usted, si quiere suicidarse le traigo una caja de cerillas, que vale solamente una perra gorda, y así le saldrá más barato.

—Bueno, bueno... Ya le avisaré—terminó diciéndole Damián y cerrando la puerta tras él—.

Antonio cuando oyó el ruido de la puerta que se cerraba comprendió que su criado se había librado por fin del acreedor y exclamó con acento admirativo:

—¡Gracias a Dios que se ha ido!... ¡Este Damián es una alhaja!

Margot dió por terminada su entrevista con Antonio y se despidió de él diciéndole al mismo tiempo que bajaba la escalera que conducía de las habitaciones superiores al hall:

—Pues nada, chico. Yo no soy de esas que quitan la idea. Si hace falta una bala, una bala. Y bien sabe Dios que te lo digo porque te quiero bien.

Antonio, ante las palabras de su amiga, no pudo menos que exclamarse diciendo:

—Oye, ¿sabes que me estás animando?...

En aquel momento llegaban al hall, precisamente en el instante que entraban en él los tíos de Antonio. Este, azorado, al verse entre Margot y su tía, ya que a su tío lo consideraba tan fresco como él, quiso salir de la situación y se le ocurrió presentar a Margot.

Margot, con esa desfachatez propia de las de su clase, se encaró con el tío de Antonio, exclamando:

—¿Pero qué es de su vida?... ¿Pero usted es tío de éste?

Su esposa se le quedó mirando, dándose cuenta de que su marido era conocido de aquella individuo y le preguntó:

—¿Pero la conocías?

Antonio salió en auxilio de su tío y cogiendo a Margot por el brazo le dijo:

—Mora, vámonos.

—Adiós, Vicente—se despidió la joven.

—Vicente—exclamó la señora.

—Pero si sabe hasta tu nombre. Ha dicho Vicente.

Antonio, que había regresado después de dejar a Margot en la puerta, intervino reconciliador diciéndole:

—No ha sido Vicente, tía. Y dejemos eso aparte. Sentaos.

Los condes de Peñaranda, que eran los tíos de Antonio, se quedaron mirando cuanto les rodeaba, hasta que por fin la condesa le dijo:

—Qué extraño.

—¿Qué encuentras extraño, tía?

—Pues el que todavía tengas sillas en tu casa.

—¿Podemos sentarnos sin que intervenga el juzgado?—preguntó su tío.

Antonio se cruzó de brazos. Sabía que cada visita de sus tíos era un sermón y, dispuesto a oírlo, les dijo:

—Bueno, venga el sermón. Ya veo que venís preparados.

—¿A ti sermones? —exclamó su tía—. Si levantara tu padre la cabeza y tu abuelo...

Su marido se apresuró a atararla diciéndole:

—No sigas, por Dios, Teresa, ya sabes que cada sermón nos cuesta luego mil pesetas.

—No—intervino riendo Antonio—. Eso era antes. Hoy os voy a pedir más.

Su tío se levantó rápidamente, como quien teme ser saboteado y exclamó:

—Dinero, ni un céntimo. Te lo aseguro.

Antonio, sin poder dejar de reír por la actitud de su tío, lo tranquilizó diciendo:

—Es una broma, no me hace falta. Voy a alquilar la casa.

—Alquilársela, ¿a quién? —preguntó su tía.

—A una señora que se interesa por ella.

—¡Ah, vamos!... ¡Las faldas, siempre las faldas!

—Y si no fuerán más que las faldas—siguió diciendo su tío—.

—¿Cómo que no? — preguntó doña Teresa.

—Claro que no, mujer. ¿A qué hombre no le sacan dinero las faldas?

Su esposa lo miró severamente y el conde de Peñaranda siguió explicando:

—Estoy hablando de él, se entiende. Lo peor es lo otro, beber, jugar, deshonorarse. Tramposo, sablista, enredado en los juzgados todos los días. En fin, sobriño, he venido para decirte que cuando quieras trabajar, no tienes más que llamarme. Yo siempre te puedo conseguir un buen empleo.

—Sí—dijo su tía, puesta ya en pie para marcharse—, en casa de Miranda necesitan un cajero.

—¡No, cajero, no! — exclamó su tío, asustado—. Yo sé lo que hago.

—¡Tío, por Dios! — protestó riendo Antonio—. ¡Qué desconfinza!

—Bueno, ya lo sabes—terminó diciendo el conde de Peñaranda, mientras salía acompañado de su mujer.

Al quedar solo entró Damián, y Antonio recostado sobre un si-

llón le dio cuenta de su grave situación, diciéndole al fin:

—A lo que hemos llegado, mi querido Damián...

—No se ponga así el señorito —le animó el criado—. ¿Que el señor ha perdido su fortuna?... ¿Qué se le va a hacer? Mala suerte. ¿Que no hay amigo al que no le debemos dinero?... Otra mala suerte... Pero el señor no ha nacido para trabajar, desengáñese.

Antonio le miró extrañado de que Damián pudiese suponerlo capaz de trabajar y le respondió:

—No, si de eso último estoy completamente desengañado.

—Y es natural—siguió diciendo Damián—. No trabajaron sus padres, ni sus abuelos... y en todo su árbol genealógico... no se ha movido ni una rama...

Antonio admiraba la comprensión de su criado. Parecía imposible que una persona pudiera compenetrarse tanto en los sentimientos de otro como Damián lo hacía y, acercándose a él, le preguntó:

—Mi fiel Damián, mi buen amigo, hemos llegado al fin... ¿Cuántos meses te debo?

—Los que caben en dieciocho años—respondió el criado.

Antonio cayó anonadado otra

vez sobre el sillón al pensar en el esfuerzo que tendría que hacer para averiguar lo que le debía a su criado y exclamó:

—Hay que multiplicar 12 por 18, ya lo haremos... Escucha, Damián, ¿a ti no te ha asaltado nunca la idea de que yo fuera un sinvergüenza?

Damián se puso gravemente serio y respondió:

—A mí, no, señor.

—Pues a mí, sí. Y dime, ¿qué quería el señor Durán?

—Quería llevarse cuanto hay en la casa. Yo le pedí que la salita de armas no la tocara.

Antonio Campo Mayo se quedó mirando a su criado, como si quisiera analizar su estado mental, y le preguntó al fin:

—¿Pensabas acaso en la idea de un suicidio?

—No, señor—respondió el criado, que demostraba bien a las claras ser digno de su amo—. Pensaba en que hay armas de plata y en la «papeleta» del Monte...

Antonio se sintió conmovido por aquella prueba de cariño de su criado y acercándose a él le dió unas palmaditas en la espalda diciéndole:

—Mí fiel Damián, qué bueno eres.

El criado, completamente vencido por aquel trato cariñoso, no pudo menos que exclamar:

—¿Ay, señor, esas palmaditas en la espalda es como si cobrara mi sueldo!

Sonó el timbre de la puerta y Damián exclamó:

—Alguien viene. Escóndase.

No necesitaba que Damián le diera aquel consejo, puesto que Antonio en cuanto oyó el timbre corrió a las habitaciones superiores para esperar que su criado echase al importuno acreedor. Pero una vez abierta la puerta oyó una voz de mujer que preguntaba por él y a Damián que decía haciéndola entrar:

—Tome asiento la señora... El señor bajará en seguida.

—No tengo ninguna prisa—respondió ella, que era precisamente la que vimos en la agencia detectivesca.

Antonio, que era incapaz de hacerse esperar por una mujer, y menos aun si reunía la belleza de aquella, se apresuró a salir de su escondite y el criado la presentó diciendo:

—Esta señora es la que estuvo viendo la casa el otro día.

—¿Es usted Antonio Campo Mayo?—preguntó ella, a la vez

que discretamente le contemplaba.

—Servidor de usted— respondió el dueño de la casa procurando parecer lo más amable posible.

—Yo soy Genoveva Abril— respondió ella ofreciéndole la mano, que él besó con exquisita galantería.

Damián se había retirado discretamente, dejando a los dos jóvenes solos, y ella siguió diciéndole:

—Como usted sabrá, vine a ver su casa y me gustó bastante.

Antonio, que cada vez se sentía más influenciado por la belleza de aquella mujer y por el encantador atractivo que se desprendía de su persona, quiso retenerla todo el tiempo posible a su lado y le propuso:

—¿Quiere usted examinarla más detenidamente?

—Con mucho gusto— aceptó ella, indudablemente complacida por la apariencia de Antonio.

La fué acompañando a algunas habitaciones y para dar algún interés a la conversación se aventuró a preguntarle:

—¿La señorita vive en algún hotel?

—En el Ritz—respondió ella.

—¿Española?

—Naturalmente—siguió diciéndole Genoveva sin demostrar ninguna extrañeza por aquella pregunta—; pero ha vivido muchos años fuera.

Campo Mayo ante la juventud de la joven se apresuró a rectificar lo que ella había dicho y para llamarla joven exclamó:

—No deben de haber sido muchos años...

Ella comprendió la galantería y al mismo tiempo que le sonreía seductoramente le dijo escuetamente:

—Muchas gracias.

Suspiró tristemente y volvió a decir:

—Usted se hará cargo. Cuando se ha viajado mucho, cansada de hoteles, encontrarse una casa ya puesta, produce cierta emoción...

—Comprendido, señorita.

Siguió inspeccionando la casa y al fin expresó su opinión diciendo:

—Lo único que me parece es un poco grande la casa.

—¿La señorita es sola?

—Sí.

Antonio se sentía cada vez más intrigado por aquella mujer. Era imposible verla, sostener con ella una conversación de un cuarto de hora y no sentirse inmediatamente preso en los muchos en-

cantos que indudablemente poseía. Para asegurarse del terreno que pisaba le dijo, procurando ser lo más discreto posible:

—No obstante... si algún día viene alguien de su familia...

—No tengo familia—le atajó ella rápidamente.

Esto último lo dijo con tal decisión y energía que Antonio se sintió cohibido y trató de excusarse diciéndole:

—Perdone... Tal vez he sido indiscreto.

—No, nada de eso—respondió ella con frialdad—. Hablemos de otra cosa. ¿Cuántos meses quiere adelantados?... Puedo pagarlos ahora mismo.

Antonio hizo un gesto que quería ser de ofensa y le respondió rápidamente, rechazando el ofrecimiento:

—¡Oh, de ninguna manera! No tengo prisa.

Genoveva había sacado de su bolso de mano el talón de cheques y ante la actitud de Antonio volvió a guardárselo, al mismo tiempo que le decía:

—Supongo que habrá tomado informes de mí, como naturalmente yo los he tomado de usted.

Antonio comprendió entonces que era inútil seguir fingiendo

una situación favorable, ya que si ella había tomado informes, le habrían dicho que no tenía un céntimo. Convencido de ello, hizo un gesto que Genoveva comprendió, diciéndole:

—Entonces, ¿supongo que estará usted al tanto?

—De todo—dijo ella remarcando la frase para que no tuviera duda alguna Antonio de que sabía la difícil situación por la que atravesaba.

Luego, cambiando el tono de voz y decidida a llevar la conversación sobre el verdadero motivo que le había llevado a aquella casa, le dijo:

—Mire usted, Campo Mayo, tenemos que hablar claro.

Antonio creyó que se trataba del pago del alquiler y sonriendo comprensivamente le respondió:

—Cuanto antes, señorita, cuanto antes.

—Pues vamos a ello—dijo Genoveva adoptando un aire de verdadera gravedad—. Ya he examinado la casa, he examinado los muebles... y ahora... quisiera examinar al dueño.

Antonio Campo Mayo se quedó como quien ve visiones. Jamás le había ocurrido en su vida de mujeriego un caso igual. Miró

lijamente a Genoveva como para cerciorarse de que no le estaba tomando el pelo. Mas de pronto, echando a broma lo que en otra ocasión le hubiera indignado, le respondió separándose unos pasos para que lo pudiera contemplar mejor.

—Señorita, aquí me tiene usted.

Genoveva le pareció comprender que Antonio estaba seguro de que su porte y su elegancia serían suficientes para conquistarla, y por si acaso pensaba eso se apresuró a decirle:

—Como usted comprenderá, nada más lejos de mi ánimo que todas esas tonterías del amor y vanalidades por el estilo... yo vengo a tratarle en «negocio».

Cada vez le resultaba a Campo Mayo más incomprensible aquella mujer. No podía siquiera imaginarse lo que pretendía, pero encontró la situación graciosa y además... ¡ella era tan bonita!

—¿Y usted cree que yo puedo ser «negocio»?—le preguntó.

—Quién sabe — respondió Genoveva indiferentemente. — En la situación en que está usted...

—Sí, eso es verdad—respondió riendo Antonio—. Barato si estoy. ¡Y para qué me quiere usted?

—Para casarlo.

Antonio, sin poderse reprimir, dió unos pasos hacia ella. Para él la persona que le hablase de matrimonio era su mayor enemigo. Jamás ni por pensamientos había acogido la idea de poderse casar. Eso de pertenecer a una misma mujer, de tener que echarse obligaciones, de pensar en los hijos, en el hogar... No, nada de eso. Era libre y quería seguir siéndolo mientras viviera. Con estas ideas no es extraño que al oír hablar de casamiento le mirase enérgicamente, y le preguntase:

—¿Casarme yo? ¿Con quién?

—Conmigo... por ejemplo—le respondió Genoveva tranquilamente, como si se tratase de la cosa más natural del mundo.

A Antonio Campo Mayo en su vida de libertino le habían ocurrido cosas muy chuscas, pero en verdad que como la que le estaba ocurriendo en aquel momento ninguna. Si lo hubiera soñado habría dicho que todo aquello era, en efecto, producto de un sueño, pero irrealizable. Pero no, él estaba despierto, muy despierto, y había oído muy bien lo que le había dicho. «Quería casarse con él». Con Antonio Campo Mayo, un individuo li-

hertino, arruinado y entrapado con todo el mundo. ¿Estaría aquella mujer loca? Pero fuera como fuera, su galantería tenía que sobresalir, ocultando, desde luego, su desconfianza, y le dijo:

—Señorita, esa declaración... así de pronto... en fin, dígame qué es lo que quiere y yo... lo pensaré.

—Quiero un marido—exclamó ella en igual tono de naturalidad—es decir, como un marido.

Antonio empezaba a ponerse nervioso. Como broma bien estaba ya, pero ante la apariencia de realidad que ella daba a sus palabras exclamó haciendo un verdadero esfuerzo para contenerse:

—Señorita, ¿quién es usted?... ¿Quiere hacerme el favor de explicarme?

—Se lo explicaré en pocas palabras—volvió a decirle ella—. Vengo de París y he recorrido toda América. Mi verdadero apellido es Abril, aunque siempre he usado otro nombre: Violeta Martín... «La millonera». Me llamaban así porque sólo aceptaba la amistad de aquellos que tenían más de un millón... Hice fortuna... Compré cuanto quise... Joyas, trajes, objetos de arte... Y ahora

quiero comprar un poco de dignidad. ¿Se vende?

Antonio Campo Mayo, por muy relajado que estuviese, no lo estaba hasta el extremo de comprometerse de aquel modo. Sintió vergüenza de haber llegado al extremo de que una desconocida, una aventurera, se atreviera a proponerle cosa semejante. Ya comprendía lo que quería aquella mujer. Estaba convencida que con sus millones, con la fortuna conseguida a costa de tantas desvergüenzas, podía comprar un nombre que la elevara ante los ojos, quizás de los mismos hombres que habían comprado sus favores. La ofensa no podía ser más grave para él, aun cuando fuese un hombre de tan pocos escrúpulos. Ante la proposición de Genoveva quedó mirándola unos segundos severamente y al fin le contestó:

—Señorita... hemos terminado.

Ella, sin inmortalarse ante el cambio de la actitud de él, con la misma sonrisa de siempre, le preguntó:

—¿Me echa usted?

—Haga lo que guste—respondió Antonio, como dándole a entender que no quería más conversación con ella.

Sabíó ésta hacia el ball y ántes de llegar a él se volvió hacia Antonio y le dijo como quien recuerda algo que no ha dicho:

—Un momento. Usted sabe quién soy yo, pero por lo visto olvida quién es usted.

—¡Señorita!...

—Déjeme terminar — exclamó energicamente la joven—. ¿Qué le queda a usted de la hombría de bien que es lo que «hace» a los hombres? ¿Qué ha hecho de su vida? Engañar, tramppear...

Antonio Campo Mayo estaba dispuesto a arrojarla de su casa y no lo hacía solamente por tener en cuenta de que se trataba de una mujer. Pero ella, sin dar importancia a aquella actitud, siguió diciéndole:

—Eso es lo que usted ha hecho, envilecerse, estafar... ¿Dónde está el apellido que le dieron sus padres, que fueron honrados y decentes? No querrá decirme que ha heredado usted un apellido, porque en usted no está. ¿Acaso estarán en estos muebles? Se los llevan mañana. ¿En sus trajes? No los ha pagado. ¿En su corazón?... ¡Pobre corazón!

Antonio Campo Mayo se hallaba cobibido en aquellos momen-

tos, aunque duras, no eran sino el reflejo de la triste realidad de su vida. Ni una sola de aquellas palabras dejaban de estar en consonancia perfecta con su vida. Ciertó que todas ellas encerraban una ofensa para su hombría de bien, para aquella hombría que él había querido defender en un momento de dignidad y que desgraciadamente ya no tenía defensa alguna. Bajó la cabeza anonadado bajo el peso de tanta verdad, y Genoveva siguió diciéndole implacablemente:

—Para ser hombre hace falta sentir la alegría y el orgullo de serlo. Créame, usted y yo no nos podemos echar nada en cara, estamos mano a mano.

Antonio Campo Mayo callaba. No podía oponer ningún argumento a lo que le decía Genoveva. Indudablemente aquella mujer estaba enterada de todos los secretos de su vida, secretos además que él no se había preocupado de ocultar, debido a su innata despreocupación por todo asunto de algún interés.

Genoveva aguardó unos segundos a que Antonio le contestase, y en vista de su estado de turbación salió diciéndole finalmente:

—Qué, ¿accepta usted mi proposición? Bien. ¿Que no la accep-

ta? Tan amigos. No es más que un negocio a tratar.

Antonio Campo Mayo fue a responder, a decir algo que le sirviera de disculpa, no solamente a su vida, sino también a la actitud que había adoptado momentos antes, cuando ella le habló de aquel matrimonio. No obstante, Genoveva, comprendiendo que no era aquel el instante más adecuado para una contestación, que indudablemente debía de ser antes meditada, le atajó diciéndole, sin dejarle hablar:

—Hasta mañana, y procuraré venir temprano, por lo que pueda pasar.

Antonio Campo Mayo la acompañó hasta la puerta del hall. Cuando quedó solo se frotó las manos por los ojos, como si quisiera asegurarse de que todo no había sido un sueño y de que era la realidad cuanto él ocurría, y se dejó caer sobre uno de los sillones, examinando detenidamente su situación.

Pensó que cuanto le había dicho Genoveva era verdad. El no podía presumir de hombre, nada en su vida le daba derecho a ello. Todo cuanto le rodeaba le sería quitado por los deudores. Hasta los mismos trajes que ves-

tía los debía, y llegaría el día fatal en que no tendría que comer. El porvenir que vislumbraba era, en efecto, arrebataador. Sin amigos a quien recurrir se vería solo en el mundo, y aquel nombre que él había querido evitar que se uniese al de una mujer de historia, se vería rodando por los suelos, tal vez en peor estado que accediendo a la pretensión de aquella mujer.

Aparte de todo esto había algo que le inducía a aceptar la proposición y no era precisamente el dinero. Genoveva había causado en él una impresión extraña. La dulzura de su voz, la alegría de aquella risa, la franqueza de su mirada y su belleza habían conquistado su admiración, y le dolía, no lo podía ocultar, le dolía que aquella mujer tuviera historia. Le hubiera gustado mucho más que Genoveva hubiera sido pobre, hubiera sido una mujer de cuya posición no hubiera tenido que esperar nada, y tal vez por conseguirla habría llegado incluso a trabajar y a convertirse en un hombre de bien. Hasta entonces se había burlado del amor, de todos aquellos que le habían confesado que estaban enamorados y siempre había pensado que no había mujer que se

mereciese que un hombre cambiase su vida por ella.

—¿Es que acaso yo estoy enamorado de esta mujer?—se preguntó sobresaltado—. No, no puede ser. Yo no puedo estar enamorado de una mujer a quien he visto por primera vez en mi vida, de una mujer con la que he sostenido una discusión vio-

lenta y enojosa, con una mujer que me ha echado en cara mi vida y la ha comparado con su historia aventurera. Yo no puedo estar enamorado de ella, no, no lo estoy. Pero si no estoy enamorado, ¿qué es lo que siento?... ¿Qué influencia ha ejercido en mí?... Ojalá venga mañana temprano.

LA VICTORIA DEL MAS FUERTE

Indudablemente tenía que suceder así. La victoria es siempre del más fuerte, y el más fuerte en esta ocasión no cabía duda que era Genoveva. ¿Qué podía oponer Antonio Campo Mayo contra la fuerza de aquella mujer? Sus agobios, su vida carente en absoluto de dinero no tenía más remedio que la aceptación de la proposición de Genoveva.

Durante toda aquella noche Antonio Campo Mayo no durmió. Una y mil veces pensó en las palabras de aquella mujer, y terminó acogiendo la proposición como una cosa lógica dentro de su ruina. Pensaba que peor hubiera sido un casamiento con cualquiera de aquellas niñas cur-

sas de las que le habló Margot. Por lo menos su casamiento con Genoveva no le obligaba a nada. Ella tan solamente quería un hombre que la dignificase, y él podría quedar relevado de todas las obligaciones propias de un marido. No tendría que fingir un amor que no sentía, ni ella le atormentaría con unos celos que tampoco podría sentir.

A la mañana siguiente Genoveva fué a casa de Antonio Campo Mayo para saber el resultado de la decisión de él, y mientras se hallaban hablando llegó el señor Durán, con el Notario y demás testigos para comenzar el embargo de cuanto había en la casa.

Mientras el notario hacía el in-

ventario, el señor Durán le dijo a Damián:

—Fatalmente teníamos que llegar a este punto.

—Fatalmente —respondió Damián con aire compungido.

—Sí, señor —siguió diciéndole el mueblista—. Siempre acaba así el que mal anda.

—Es el Destino —volvió a suspirar Damián.

El señor Durán buscó por la sala dónde estaba el teléfono, y no encontrándolo le preguntó al criado:

—¿Dónde está el teléfono? Voy a avisar a las camionetas para que empiecen a llevarse los muebles.

Damián miró compasivamente al señor Durán y no pudo menos que lamentarse diciéndole:

—Cuántas molestias le causamos, señor Durán.

Pero éste se había ya puesto a hablar por teléfono, que el mismo Damián le había ofrecido y decía sin hacer caso al comentario del criado:

—¿Transportes Rápidos? Aquí habla el señor Durán. Necesito que me envíen en seguida dos camionetas a la Avenida de Valverde, número 47.

En aquel momento apareció

Antonio Campo Mayo. En sus labios se reflejaba una risa irónica. Se advertía en él al hombre que está dispuesto a resolver una difícil situación, y acercándose al señor Durán le dijo:

—Perdone un momento.

El señor Durán se volvió hacia el dueño de la casa con aire contrariado, pensando sin duda que éste le iba a pedir un nuevo plazo. Pero su extrañeza fué grande cuando Antonio le entregó un cheque de treinta mil pesetas, que era el total de lo que le adeudaba.

El mueblista leyó ávidamente el cheque, y al ver que estaba en regla cambió rápidamente de actitud. De altivo se tornó en servicial. Abandonó aquel tono de desprecio con que se había venido expresando y exclamó humildemente:

—Mi querido señor Campo Mayo, no esperaba menos de usted.

—Indiscutiblemente —respondió Antonio sin dar importancia al cambio de actitud.

—Le repito una vez más —volvió a decirle el mueblista— que yo...

Antonio Campo Mayo no le dejó terminar y le despidió diciéndole:

—Entendido, señor Durán, entendido.

Esperó a que se fuese el señor Durán y al volver se encontró con el fiel Damián que miraba a su amo como si fuera un milagrero. No comprendía de dónde podía haber sacado su amo aquellos seis mil duros. Antonio, que comprendió la mirada interrogativa de su criado, le hizo un gesto como dándole a entender que tenía que tener paciencia y Damián, como siempre, se contentó con la muda explicación que le había dado.

Al volver adonde estaba Genoveva, ésta le recibió sonriendo y le dijo:

—Entonces, desde este momento nuestro contrato está en vigor.

—Exactamente—respondió Antonio, y ella prosiguió:

—Pero no olvide que sólo se trata de un convenio puramente de carácter comercial. Entre nosotros no hay que hablar de amor ni cosa por el estilo.

—Si usted lo desea, así lo haremos—terminó diciéndole Antonio, aun cuando aquella proposición ya no fuese tanto de su agrado.

Zanjado de este modo el «ne-

goció» propuesto por Genoveva y estipuladas todas sus cláusulas, la joven le preguntó:

—¿Y si diéramos un paseo en automóvil?

—Con muchísimo gusto—respondió Antonio.

—Pues vamos—le volvió a decir ella sonriendo graciosamente—. El aire despeja las ideas.

Salieron a la calle y en la puerta encontraron el coche de Genoveva. Era un automóvil de lujo y en el que podía admirarse el buen gusto de su propietaria. Antonio, que era perito en la materia, se quedó mirando el coche y no pudo menos que exclamar significativamente:

—¡Magnífico coche! Estoy seguro de que nos entenderemos.

El paseo de aquel día fue para Antonio delicioso. El estar al lado de Genoveva le llenaba de satisfacción. Fueron a tomar el aperitivo a uno de los restaurantes más céntricos y Antonio sintió esa vanidad propia de todo hombre de ver la admiración que causaba Genoveva.

La miraba él de soslayo y no podía menos que reconocer que la belleza de aquella mujer era en efecto extraordinaria. Pocas o ninguna mujer había él visto que

podiera compararsele. Se hallaba satisfecho de ella, pero con esa satisfacción que produce siempre la envidia que se despierta en los demás de poseer algo que los otros desean y que no han sabido o podido conseguir.

Después de aquel día fueron más continuos los paseos entre ellos. Se estaban haciendo los preparativos para la boda que, por imposición de ella y con gran satisfacción por parte de él, debían quedar reducidos a la ceremonia matrimonial escueta-mente.

En uno de aquellos paseos, en el que iban a pie, pasaron por delante de una casa de modas en cuyo escaparate se hallaba expuesto un magnífico vestido de novia. Antonio y Genoveva se detuvieron ante el escaparate y Antonio, por uno de esos fenómenos imaginativos, transformó el figurín sin vida que llevaba el vestido en la propia Genoveva. La vio tan bonita que no pudo menos que decir, dejando entrever su pensamiento:

—Estaría usted muy bonita con él.

Ella miró también atentamente el traje. Por sus ojos pareció

brillar una lágrima y suspirando tristemente exclamó:

—Parece mentira que este traje se use en ciertas ceremonias mercantiles. Pero ese traje no es para mí.

Antonio creyó adivinar un tono de melancolía en las palabras de ella y respondió compasivamente:

—¿Quién sabe?

Cumpliendo las cláusulas de aquel contrato, Antonio fue presentando a Genoveva a todas sus amistades. Cada vez que hacía una presentación sufría horriblemente ante el temor de que alguno de ellos pudiera conocer a la antigua «Millona» en la persona de su futura mujer.

Afortunadamente todas las presentaciones se hicieron sin el menor contratiempo, y hasta sus tíos, los condes de Peñaranda, encontraron acertadísima la elección de Antonio, pensando que tal vez de esta forma cambiaría la conducta de su sobrino y llegaría a ser un hombre aprovechado.

Pero mientras todo esto sucedía, Antonio sufría horriblemente. Poco a poco se iba dando cuenta de que se hallaba enamorado de Genoveva, y mientras más aumentaba el amor que por

ella iba sintiendo, en contraposición, también era mayor la desesperación que experimentaba. A veces, en sus coloquios íntimos, cuando pensaba en ella, diríase que un odio inextinguible había nacido en su corazón contra la que había de ser su mujer. Y aquel odio tenía precisamente su base en el mismo amor que la profesaba. Al sentirse enamorado de ella, hubiera deseado que Genoveva fuese una mujer digna, una mujer que mereciese el amor que por ella sentía. Hubiera desea poder vivir aquel amor sin la sombra dolorosa de los «otros», de todos aquellos otros que pasaron por la vida de «La millonera», dejándose sus fortunas con las que Genoveva había podido comprarle.

Cuanta felicidad no hubiera sido la suya al poder ser él precisamente el que le hubiera ofrecido a ella aquel bienestar unido a su amor. Y todas estas ideas fueron haciendo nacer en él un nuevo hombre. Cambió de vida, dejó sus juergas y encerrado con sus pensamientos se convirtió en un ser taciturno aun cuando hacía esfuerzos sobrehumanos para vencerse a sí mismo.

Contralido matrimonio con ella, los dos esposos siguieron hacien-

do la misma vida que antes. Sus habitaciones se hallaban separadas. Ella tenía a su servicio una camarera, mientras que Antonio había conservado su antiguo criado Damián.

Exteriormente parecían dos seres absolutamente enamorados. Ante el público se mostraban cariñosos, afables el uno con el otro, pero al volver a su hogar volvían a ser nuevamente los componentes de una sociedad que para ambas se les iba haciendo odiosa.

Una mañana volvía de dar un paseo en automóvil cuando una mujer de unos cuarenta y cinco años se acercó al jardinero de la finca próxima adonde vivían los esposos Campo Mayo y saludó al jardinero diciéndole:

—Buenos días.

—Hola—exclamó el jardinero.

—¿Otra vez por aquí?

—Sí—respondió ella—; continuo buscando colocación.

—Pues hoy tiene usted suerte

—le replicó el jardinero—. Aquí a la vuelta hay unos señores viejos que necesitan ama de llaves.

La mujer hizo un gesto de contrariedad y respondió:

—No me gusta mucho servir a

un matrimonio viejo. Yo preferiría entrar en casa de este otro matrimonio que vive aquí al lado... los Campo Mayo.

—Eso sí que no sé si podrá ser.

—Tengo un gran interés en ello... Un grandísimo interés... Si

usted pudiera conseguirlo, yo le demostraría mi agradecimiento de alguna forma.

—Yo haré todo lo que pueda —respondió el jardinero—. Vuelva usted a pasar por aquí a ver si hay algo.

UNA VISITA INESPERADA

Seguía la vida su curso normal para los dos esposos. Normalidad que sólo era aparente, puesto que en el corazón de ambos se desarrollaba una verdadera tragedia. Sin que ninguno lo expresara, los dos se hallaban enamorados. Genoveva, en un principio, procuró arrancar de ella aquel sentimiento, luchó con todas sus fuerzas, pero fué inútil, al fin tuvo que rendirse a la evidencia y confesarse que se hallaba enamorada de su marido.

Durante todo aquel tiempo que había vivido a su lado había llegado a comprender que Antonio poseía un fondo de gran nobleza. Se había retirado de su vida libertina, había comenzado a tra-

bajar y nada acusaba en él a aquel joven alocado y despreocupado que se pasaba las noches en pleno libertinaje o alrededor de una mesa de juego. Todos sus antiguos vicios habían desaparecido y Genoveva muchas veces al pensar en este cambio de vida se hacía la ilusión de que se debía a ella.

—Si hace todo esto, si ha olvidado las mujeres, si no bebe, si no juega, es por mí—se decía.—Y si lo hace por mí, es señal de que me ama.

Pero esta suposición quedaba desvanecida al encontrarse con él y ver la frialdad con que la trataba. Era la vida para la infeliz joven, al lado de su marido,

una vida de completo sufrimiento, sin que por ello pudiera echarle nada en cara a él. ¿Acaso no había sido ella misma la que había impuesto la condición de que jamás le hablase de amor? Pues si lo hacía Antonio, no hacía otra cosa que cumplir la palabra que le había dado y nada podía censurarle.

El trato para con ella era exquisito, galante. Jamás le hizo alusión a su vida pasada, y lo que era peor todavía, Genoveva empezó a darse cuenta de que lo que se gastaba en su casa no era del dinero de ella. Antonio ganaba bastante y con el producto de su trabajo sostenía la casa y sus gastos, exceptuando los particulares de ella. Este descubrimiento le produjo un verdadero orgullo. Orgullo al ver que Antonio se sentía hombre y quería vivir con lo que él ganaba y no con el dinero de ella. Orgullo por ser la mujer de un hombre honrado, trabajador y correctísimo, que muchas le envidiaban. Pero al pensar todo esto, no podía contener sus lágrimas pensando en que la envidia que las otras le profesaban era porque no sabían la situación en que los dos vivían.

Una de las tardes en las que

estaba presa por estas ideas, olvidó incluso que tenían que ir a casa de los condes de Peñaranda y permaneció en su tocador sin darse cuenta del tiempo que pasaba, hasta que unos discretos golpecitos dados en la puerta la volvió a la realidad y oyó la voz de su marido que preguntaba:

—¿Se puede?

—Adelante—respondió ella.

Antonio abrió la puerta y entró en la habitación. Se detuvo unos segundos frente al espejo, cuya luna reflejaba el bello rostro de su esposa y se la quedó contemplando. Después, procurando disimular su admiración, la dijo afectuosamente:

—¿No estás lista aún? Los tíos nos esperaban a las cinco.

—En seguida estoy—respondió ella.

Y, en efecto, minutos después salían con dirección a casa de sus tíos. Durante el trayecto apenas hablaron. Los dos iban presos por sus pensamientos y cuando cruzaban la palabra era solamente para comentar cualquier cosa trivial, o algo de lo que veían al cruzar la calle.

Los condes de Peñaranda al ver a sus sobrinos corrieron a saludarlos y les dijeron mientras los abrazaban:

—¡Gracias a Dios que tenemos la alegría de veros por aquí!

—¡Qué sorpresa, querida sobrina!—exclamó el conde de Peñaranda—. Cada vez que te veo, te encuentro más bonita.

Un matrimonio que se hallaba de visita en casa de los condes fué presentado a sus sobrinos y la tía de Antonio, en sus deseos de alabar en todo a su sobrina, exclamó:

—Qué criatura más simpática, ¿verdad? Sobre todo, una señora. Lo que se dice una señora. En estas cosas yo no me equivoco nunca... ¡Tengo una vista!

Antonio pensó en el pasado de Genoveva y no pudo menos que exclamar irónicamente:

—Dios te la conserve, tía.

Genoveva miró a su marido fijamente, como reprochándole aquella exclamación, y su tía le preguntó:

—¿Decías algo, sobrino?

—No, nada, nada.

La condesa de Peñaranda siguió alabando a su sobrina y diciéndole a su amiga:

—Aquí la tiene usted, un ángel. Nos ha convertido al sobrino en una persona decente, que ya es convertir.

Su tío intervino reconciliador

y reconvinó a su esposa diciéndole:

—Teresa, no exageres. El muchacho siempre ha sido un caballero. Yo siempre he tenido una confianza y una fe ciega en él.

—Menos cuando no querías que fuese cajero—respondió su tía.

—¡Bah! —intervino cariñosamente Genoveva—. No se enfaden ustedes. Todo eso no son más que cosas de la juventud... Ya sé que «mi Antonio» ha sido un loco.

—Ay, «mi Antonio». ¡Cómo lo quiere!—exclamó conmovida su tía.

Antonio Campo Mayo para devolver a su mujer la ironía con que había hablado, exclamó a su vez:

—«Mi Genoveva» ha sabido perdonarme.

—Según tengo entendido —le preguntó el invitado de su tío, haciendo que Antonio sintiera la desazón de la pregunta —usted ha vivido de soltera en América.

—Sí, señor, varios años —respondió Genoveva muy tranquilamente.

Antonio, dejándose llevar por su constante preocupación, se apresuró a preguntar:

—Es curioso... ¿cómo sabe us-

ted que mi esposa vivió varios años en América?

—Me lo dijeron los de Aranda —respondió el invitado—. Los de Aranda lo saben todo.

—Media América es de ellos— intervino la tía de Antonio—. ¿Chile? Es de ellos. ¿Bolivia? Es de ellos. ¿Filipinas? Es de ellos.

—Filipinas no es de América, querida— la corrigió su esposo. .

—Bueno, pero es de ellos, qué más da— aclaró su esposa—. En fin, lo importante es que sean felices.

—Con Antonio cualquier mujer es feliz — replicó Genoveva mirándole cariñosamente.

Y su marido, por ser menos, respondió:

—¿Y contigo, Genoveva... contigo, quién no?

—Hay que ver cómo se quieren— exclamó riendo doña Teresa—. Dan gloria estos cariños así, tan puros. Están hechos un par de tórtolos. Como nosotros de recién casados. ¿Te acuerdas, Vicente?... Sí, sí, no lo niegues... ¿Te acuerdas cuando nos poníamos en la mesa el uno frente al otro...?

Y durante toda la visita la conversación rodó acerca del cariño que Antonio y Genoveva se tenían.

Desde luego para los dos esposos nada podía hacer más molesto que aquella conversación que venía a recordarles la distancia en que se hallaban mutuamente. En la casa se veían exclusivamente a las horas precisas, y por la mañana Damián se encargaba de llevar al almuerzo a la habitación de su señorito, mientras que la doncella lo hacía a la de su señora.

Al día siguiente de su visita a casa de sus tíos, a la hora de comer Genoveva no pudo menos que pensar en lo que había dicho doña Teresa cuando habló de lo que hacían al sentarse frente a su esposo; ¡Cuánta diferencia no había entre aquel matrimonio y ellos! También ellos estaban el uno frente al otro, pero entre los dos apenas si había más frases que las puramente necesarias y corteses.

Antonio Campo Mayo sufría horriblemente. Aquel amor tan fuerte que había nacido en él, hacía que su desesperación fuese mayor cuando se encontraba junto a su esposa. La amaba y, sin embargo, sabía que no era digna de su amor. ¿Cómo podría él nunca fiarse de las palabras amorosas que ella le hiciera sabiendo que antes se las había dicho

a muchos otros? ¿Podía él dar crédito a un amor que antes había sido vendido por unos millones? Ni lo quería ni quería rebajarse hasta aquel extremo. En aquellos momentos sentía toda la vergüenza de haberse vendido a una mujer de quien estaba enamorado y la que estaba seguro que sentiría por él un gran desprecio. Tal vez si él hubiera rechazado aquel matrimonio comercial, hubiera llegado el día en que habría podido amar a una mujer digna y ser feliz en su hogar. Ahora era cuando comprendía la dicha de un hogar tranquilo, al lado de una mujer a quien se ama, pero desgraciadamente había llegado a comprenderlo demasiado tarde, puesto que aquella dicha ya no podría conseguirla nunca. Ella, por su parte, se esforzaba en aparentar una indiferencia que no sentía. Cada día que pasaba descubría mejores cualidades en Antonio y cada día se hallaba más enamorada de él. Pero tenía que callar aquel amor, segura de que Antonio se hubiera reído de él si se lo hubiera declarado. Es decir, que vivía al lado de un hombre de quien estaba enamorada, era éste su marido y, sin embargo, tenía que sufrir el castigo de su in-

diferencia, mucho más doloroso aun cuando ni siquiera podía protestar de ella.

Se hallaban aquel día cuando entró Damián llevando una tarjeta sobre una bandeja y le dijo:

—Este señor insiste en verlo.

Antonio leyó la tarjeta en voz alta y dijo:

—¿Javier Tolosa? No sé quién es... ¿Le conoces tú?

—Yo no—respondió Damián—, pero parece un señor.

—¿Lo parece nada más?—preguntó Antonio. Mas al volver la tarjeta vió escrito en el dorso un nombre que decía «All-Babá», y entonces recordó quién era— Ya sé quién es. Que pase inmediatamente al hall.

Se levantó de la mesa y para dar una explicación a su mujer le dijo:

—Se trata de un amigo de la infancia... Con tu permiso, Genoveva.

Salió Antonio a recibir al amigo cuya visita había anunciado el criado, y apenas lo vió le tendió los brazos diciéndole:

—Qué sorpresa.

—Querido Tony—exclamó el otro, que vestía elegantemente. Mas a pesar de su indumentaria,



—¿Liquidación?

—Su asunto es bastante difícil.



—¿Pero tú eres tío de
este?



—Todo lo que hay en
esta casa es mío.



—No se me escaparía
entre mill.



—¿Por qué no te casas
con una de esas niñas cur-
sas?



—Me presenté a ti como
una mujer de la calle y eso
soy.



—Estando mano a mano.



—Un hombre con hambre no rompe un cheque de dos mil pesetas.

La boda se celebró sencillamente.



—Caide bien del niño.



—Nos esperan los tíos a las cinco.



—Genoveva, ven... ven
conmigo.



—Genoveva, escóchame...
(¿Tú me quieres?)



—¡Macul Martín!



—Tendría una gran satisfacción en entrar en la casa.

a pesar de sus modales finos, advertíase en él todas esas características de los hombres cínicos, de aquellos verdaderos aventureros que saben encubrir bajo la máscara de una educación, un alma innoble capaz de todos los envilecimientos.

Los dos amigos hacía muchos años que no se habían visto y Antonio, después de hacerlo sentir, le preguntó:

—¿De dónde sales, sinvergüenza? ¿Querrás creer que se me había olvidado tu nombre?

—Pero cuando viste «Ali-Babá»... ¿eh?

—¡Hombre—exclamó Antonio,—eso no se olvida nunca!...

—Bien, bien—empezó diciendo Tolosa—. Ya sé que te has casado... ¿Qué hay mucho de aquí?

Y al preguntar esto unió los dedos índice con el pulgar indicándole que si había mucho dinero, y Antonio protestó enfadado:

—¡Javier, por favor!

—Chico, perdona—se apresuró a decir su amigo—. Por lo que veo la has cogido ya.

—¿Qué es lo que he cogido?—preguntó Antonio sin comprenderlo.

—¿Qué quieres que sea? La

decencia, que es como la gripe; al que le da, le da.

Antonio Campo Mayo, que había corrido con él no pocas juergas, que había realizado muchos actos de los que ahora se avergonzaba, procuró ocultar el desagrado que esto le producía, y, echando a broma las palabras de su amigo, le dijo:

—Siempre el mismo, siempre bromista.

Encendieron un pitillo y Javier Tolosa, en su afán de recordar tiempos pasados, le preguntó:

—¿Te acuerdas aquella vez que por broma le sacamos a don Angel cinco mil duros por aquella apuesta que tuvimos que si yo sabía o no hacer la firmita de tu padre? ¿Qué cosas se le ocurre a los chicos, verdad?

—Efectivamente, cosas de chicos... pero si mi padre no paga acabamos todos en la cárcel.

Javier Tolosa miró a su amigo casi compasivamente y después exclamó riendo:

—¡La cárcel! Pero qué palabras tan pasadas de moda usáis aquí en Europa.

—¿En Europa?—preguntó Antonio—. ¿De dónde sales tú entonces?

—De Buenos Aires—contestó Tolosa—. Estuve allí quince años,

es decir, trece, porque dos no los cuento. Estuve sin salir de casa por «prescripción facultativa».

Demasiado sabía Antonio lo que quería decir su amigo y sintió una verdadera molestia porque se hubiese acordado de visitarlo. En su nueva vida quería cortar con todo su pasado, olvidar cuanto había sido y sus locuras y procurar enmendarse con su trabajo y ser un hombre honrado. Al recordarle su amigo todo lo que habían hecho juntos, sentía vergüenza de sí mismo y se lo reprochaba, pareciéndole imposible que un hombre llegara a la situación en que él había estado bordeando y en la que Tolosa, por su misma declaración, parecía haber caído de lleno. Cuando su amigo le refirió algunos detalles de su vida, Antonio no pudo menos que exclamar:

—Veo que vuelves peor que antes... ¿Y de mujeres?

—De eso no hablemos—exclamó Javier Tolosa demostrando hasta qué extremo llegaba su cinismo—. Para mí sólo hay dos clases de mujeres: las que me dan el dinero a mí y las que se los saco yo a ellas... ¿Te acuerdas de Pepita Llanos? «La mujer eléctrica».

—Sí, hombre, sí — respondió Antonio por decir algo.

—Pues, chico — siguió diciéndole Tolosa —, ahora es el cacharro eléctrico. Se ha fundido... He conocido a muchas otras y casi todas lo mismo... Merceditas, La Cienfuegos, La gaditana... Pero un día llegó una que ésa sí que sabía más de la cuenta, «La millona».

Antonio dió un salto del asiento y exclamó:

—¿«La millona»?

—¿La conociste tú? — le preguntó Tolosa extrañado de la sorpresa de su amigo.

—¿Tú, tú la conoces? — insistió en su pregunta Antonio.

—Pues claro—volvió a decirle Tolosa con la mayor naturalidad. —Buena era. Sólo se trataba con millonarios, de ahí el nombre que tenía.

Antonio sentía que un sudor frío le corría por la frente. Lo que él tanto temía, salía por fin. Aquel perdido conocía la vida de su mujer y sería capaz de contarla a todo el mundo en cualquiera de sus borracheras. No obstante, y como si recurriese a una última esperanza, le preguntó:

—¿Estás seguro de no equivocarte?

—Que no, hombre, que no. Vio-

leta Martín, se llamaba... Si me la sé de memoria...

Antonio ya no pudo ocultar el malestar que sentía. La palidez de su rostro y la lividez de sus labios denotaban que algo anormal pasaba por él. Javier lo advirtió y le preguntó extrañado:

—¿Pero qué te pasa? ¿Quieres explicarme? Aunque la hayas conocido, una mujer así, ¿qué puede importarte?

Antonio no se atrevía a decirle a su amigo la verdad. Estaba convencido de que Tolosa conocía toda la historia de su mujer y antes de que hablase con ella quería él explicarle por qué había consentido en aquel casamiento. Ante el gesto de extrañeza de Javier por su actitud solamente le dijo, queriéndole sacar cuanto antes de su casa:

—Perdóname. En un café hablaremos. ¿Quieres? Estoy muy nervioso.

Genoveva ante la tardanza de su marido había salido en su busca, y cerca ya del hall oyó lo que Tolosa decía a Antonio y se detuvo para ver el resultado de aquella conversación. Sin hacer el menor ruido escuchó toda la explicación de Javier. Tolosa advirtió la nerviosidad de Antonio y por último oyó cómo protes-

taba Tolosa porque lo quisiera sacar de la casa, y le decía:

—¿En un café? Con lo que me gusta a mí estar en tu casa, haciendo de persona decente... Me invitas a comer... Me presentas a tu esposa...

Antes de que Antonio volviera a insistir, apareció Genoveva, y su marido, sin poder ocultar su nerviosidad, se vio en el trance de presentarla diciéndole:

—Mi amigo Javier Tolosa... Mi señora...

—Encantada de conocerle—le dijo ella ofreciéndole la mano.

Antonio esperaba un grito de sorpresa en su amigo, cuando reconociera que su esposa era aquella célebre Millona de quien le había hablado. Pero con verdadero asombro por su parte, vio que Tolosa, sin demostrar el menor síntoma de conocerla, le respondió respetuosamente:

—A los pies de usted, señora. Antonio siempre ha sido un hombre de gusto refinado.

—Muchas gracias — le respondió ella sonriéndole y haciendo un esfuerzo por aparecer serena ante él—. Es usted muy galante.

—Justicia nada más, señora, absolutamente.

—Quiero que los amigos de mi marido sean bien venidos a esta

casa, y he tenido un verdadero placer en saludarle.

Antonio tan pronto miraba a su mujer como miraba a su amigo. ¿Era posible que los dos pudiesen fingir tan admirablemente? ¿Cómo era posible que no advirtiese en ninguno de ellos un gesto que delatase que se habían conocido antes de aquel momento? ¿Acaso no acababa él de decirle que conocía a La Millona, y que no la confundiría con ninguna otra mujer? Su nerviosidad era visible y casi estaba convencido de que su papel en aquella entrevista iba resultando de lo más ridículo que podía imaginarse.

Genoveva advirtiendo el estado de inquietud de su esposo, quiso poner término a su angustia y se despidió de Tolosa diciéndole:

—¿Quiere usted tomar algo? ¿Licores? ¿Una taza de café?...

—Encantado—respondió Tolosa, siguiéndola con la mirada.

En cuanto quedaron solos Antonio cogió a su amigo por un brazo y le preguntó nerviosamente:

—¿Qué?

—Que ¿qué?—preguntó Tolosa sin comprender el motivo de aquella actitud de su amigo.

—Te pregunto que si la has visto.

Tolosa miró estupefacto a su amigo y exclamó, sin comprender el sentido de la pregunta:

—Que si he visto a quién, ¿a tu mujer? Hombre, claro que la he visto.

Antonio creía que su amigo le gustaba una de las bromas más pesadas de su vida, y enérgicamente le dijo:

—Te ruego que hables claro.

Tolosa cada vez más sorprendido volvió a decirle:

—Yo creo que el que tiene que hablar claro eres tú... Chico, no sé lo que dices.

—Mira, Tolosa—le dijo Antonio—, es inútil que disimules. Yo lo sé «todos». Estoy al tanto de «todos».

Tolosa se encogió de hombros. Para él la actitud de Antonio era incomprensible, y se lo confesó diciéndole:

—Que me maten si te entiendo.

—Tú me has dicho que conocías a mi mujer, Javier.

Tolosa miró fijamente a su amigo. Empezaba ya hasta a dudar de su estado mental, y exclamó:

—¿Que yo he dicho que conocía a tu mujer? ¿Cuándo? ¿Dónde? Oye, oye, tú estás para que te aten. Yo he conocido dami-

selas del gran mundo... pero señoras así, como la tuya, señoras de verdad... alguna habré conocido... pero así, de refilón...

—¿Entonces...?

—Lo dicho, hombre. A mí no me saques de mi terreno: la Lunares, la Angelines...

—¿Y la Millona? — preguntó ansiosamente Antonio.

—También. Menuda era ésa... Y eso que ya era crecidita.

—Si la vieras ahora, ¿la conocerías?

—Figúrate. No se me escaparía entre mil—respondió plenamente convencido Tolosa.

Antonio Campo Mayo, ante aquella aseveración de su amigo cambió de tono y le suplicó:

—Oye, Javier, voy a pedirte un favor. Márchate. Tengo que hacer.

Tolosa le miró extrañado y protestó débilmente.

—Hombre, así, de pronto...

—Te lo suplico. Nos veremos esta noche. Perdóname.

—Es que mañana salgo para París... ¿Quieres cenar conmigo?

—Cenaremos juntos, a las diez, en el Ritz.

—De acuerdo—terminó diciéndole Tolosa—. No vayas a faltar.

—Te lo prometo—le respondió Antonio, llevándole hasta la puerta.

Cuando quedó solo se llevó las manos a la cabeza y se apretó los sienes, como el hombre que teme perder la razón. ¿Sería posible lo que pensaba? ¿Sería posible que su mujer no fuera lo que le había dicho? Y si no lo era, ¿por qué había inventado aquella historia? ¿Sería acaso para ocultar otra peor? Fuese lo que fuese, él necesitaba saber la verdad, y para saberla fué en busca de Genoveva.

LA CONFESION

Genoveva se había dado cuenta de que era ya inútil seguir mintiendo, ni seguir fingiendo una personalidad que no era la suya. Estaba segura de que Antonio le exigiría una explicación de lo ocurrido. Al darse cuenta de que su amigo no la había reconocido, le preguntaría quién era ella y tendría que confesar un secreto que se había prometido siempre.

Claro está que podría seguir ocultándolo, pero con ello daría lugar a que su marido sospechara que algo peor le ocultaba y perder para siempre, si no aquel amor del que ella estaba ansiosa, sin haberlo podido conseguir, si por lo menos de la amistad de Antonio.

Cuando éste entró la encontró llorando y se acercó a ella preguntándole enérgicamente:

—¿Has escuchado nuestra conversación?

—Toda — respondió Genoveva.

—¿Tú conoces a ese hombre?

—No le conozco — respondió categóricamente.

—Entonces, ¿quieres explicarme qué significa todo esto?... ¿Quieres decirme por qué me engañaste?

—Sí, todo te lo diré — respondió entre sollozos —. Creí que tardarías mucho tiempo en saberlo, pero el mundo es pequeño y la vida corre más de lo que creemos.

Antonio Campo Mayo se pasó

una mano por la frente y apenas si pudo decir:

—Habla. Ese hombre dice que conoció a Violeta Martín.

Genoveva suspiró tristemente. Seguían brillando en sus ojos aquellas lágrimas de verdadero dolor. Antonio la miró compasivamente comprendiendo que era imposible fingir una pena como la que en aquellos momentos demostraba su mujer, y ésta le respondió:

—Es posible que sea cierto, que la haya conocido. Cuando le oí hablar de ella, te lo juro, tuve que agarrarme a la puerta para no salir a preguntarle cómo era Violeta Martín.

Antonio Campo Mayo sintió una doble desilusión en aquellos momentos. La desilusión de seguir creyendo que aquella mujer no solamente no era digna de ser amada por él, sino además de haber sido engañado desde el primer momento. Poseído por este desencanto, no pudo menos que lamentarlo diciendo:

—¡Me has mentido!

—No te he mentado—se apresuró a decirle ella—. Me presenté a ti como una mujer de la calle y eso es lo que soy.

Y como él la mirara entre re-

celoso y amenazador, Genoveva siguió diciéndole:

—Pregunta... pregunta a los tuyos, a tus tíos, a tus amistades, a toda tu buena sociedad pregunta... Todos ellos te contestarán que la hija de aquella mujer ha de ser también una mujer de la calle.

Hizo una pausa para ahogar un sollozo, y luego cambiando bruscamente de actitud exclamó enérgicamente:

—Los pecados de los padres se pagan, ¿verdad? Pues a pagarlos.

Antonio Campo Mayo empezaba a comprender, aunque muy difusamente, lo que su mujer quería decirle. Un rayo de esperanza iba penetrando en su corazón cada vez más enamorado de Genoveva y le preguntó anhelante:

—¿Qué dices?... ¿Qué quieres decir?

Ella, más calmada, después de esta explicación, volvió a decirle:

—¿Te acuerdas lo que te reíste cuando me enseñaste aquel traje de novia? Pues, tan pura como el azahar del traje he llegado hasta ti.

Antonio Campo Mayo creyó que un nuevo mundo se abría ante sus ojos. ¿Sería posible tanta

felicidad como la que su esposa le hacía prever? La miró fijamente a los ojos, a aquellos ojos que tan limpio miraban y en cuyas profundidades no podían haber doblez alguna y creyó ciegamente en lo que Genoveva le decía. Y si era aquello verdad, sería verdad también que desde aquel momento él sería el hombre más dichoso del mundo. El único obstáculo que existía en su existencia para considerarse más dichoso que nadie, acababa de desaparecer.

—¿Por qué me has hecho esto? —le preguntó Antonio en un dulce reproche.

—Para devolver al mundo su injusticia. La hija de «La millonaria»... ¿No he de ser yo como ella? Pues acortemos la distancia. Nada de ella.

—¿Por qué me engañaste a mí?

—Te he engañado para hacerte un bien. Perdóname el engaño. Ahora ya sabes la verdad, y ya ves, empiezas a mirarme de otro modo.

—Claro — respondió cariñosamente él —. Te miro de otro modo, porque eres otra, ¿no comprendes?

Antonio había cogido a su mujer por los hombros y la miraba fijamente. Ella, sin poder resis-

tir aquella mirada, trató de evadirse diciéndole:

—No hagas caso. Soy la hija de «La millonaria».

Para Antonio lo que menos le importaba era lo que pudiera haber sido la madre de Genoveva. La amaba a ella únicamente y toda su dicha estaba cifrada en aquel momento en poder compartir con ella aquel amor, único de su vida. Genoveva había sido la mujer que por primera vez había hecho latir su corazón a impulso de un noble sentimiento de amor y por ello protestó ante las palabras de Genoveva diciéndole:

—Por favor... háblame de ti. Tú eres buena, ¿verdad?

Genoveva poniendo en sus palabras todo el fuego de su honradez, todo el deseo de inculcar en su marido la verdad, respondió con fuerza, como si mordisqueara las frases:

—Con más ahínco... con más deseo, con más ilusión que ninguna... Precisamente por eso mismo... ¿Comprendes?

—Te comprendo, Genoveva... y ahora mirame frente a frente.

La joven levantó los ojos hacia su marido. Vió la emoción que en él había y bajó la cabeza comprendiendo toda la verdad. Antonio siguió diciéndole:

—Genoveva... ¿Tú me quieres?

Ella no pudo resistir el grito que se le escapaba del corazón y abrazándose a él exclamó llorando:

—Con toda mi alma.

Antonio hizo más fuerte aun el abrazo y durante unos minutos no supieron qué decirse. ¡Era tan grande el amor que los unía!... Pero precisamente por esa grandeza de sentimiento, Genoveva no quería aquel amor mientras Antonio no supiese hasta el más mínimo detalle de su vida, cómo había conseguido aquella fortuna que poseía y por qué ella no conocía a su madre. Descosa de referirle todo, se apartó suavemente y le dijo:

—Pero espera, Antonio. Deja que te cuente...

El la volvió a abrazar y la quiso hacer callar diciéndole:

—¿Pero no comprendes que tanto tú como yo, es ahora cuando empezamos a vivir? No quiero saber nada de los otros... A mí nadie me importa más que tú... Te tengo a ti, pues tengo la dicha más grande del mundo.

—No—insistió ella, dejándose llevar por su noble—. Otro día querrás saberlo y tal vez entonces sería más doloroso. Deja que te cuente... Cuando salí del cole-

gio había a mi nombre una fortuna. Busqué a mi madre durante tres o cuatro años y ni siquiera sé si vive... Por eso cuando vi a tu amigo...

Antonio la hizo callar besándola. Era aquel el primer beso que se daban y era tan puro como lo era el amor que se tenían. Tal vez esta misma caricia horas atrás hubiera conservado las reminiscencias de un pasado imaginativo y Antonio no hubiera sentido la felicidad del momento.

—No te importe—la dijo—, si vive y no te ha buscado es señal de que...

Ella no le dejó terminar el pensamiento y le atajó diciéndole:

—Si vive y no me ha buscado... es que me quiere. Es que no quiere mezclar su vida pasada con mi vida presente ni con mi porvenir.

—Ahora pensemos sólo en nuestro amor... En lo mucho que nos amamos.

Y dulcemente abrazados los dos esposos se sintieron por primera vez verdaderamente unidos el uno al otro. Lo que había empezado como un negocio, terminaba como debía terminar. Con la felicidad merecida por los dos.

Y a la mañana siguiente, cuando Damián llamó a la puerta del

dormitorio de su señor, mientras que la doncella llevaba el almuerzo a su señorita, se vió sorprendido con que su amo no estaba en la habitación. Pero su sorpresa duró poco, puesto que

la doncella se acercó a él después de haber dejado la bandeja en el cuarto de Génoveva y le dijo:

—Déjeme el almuerzo del señor... Desde hoy lo tomará con la señora.

CUATRO AÑOS DE FELICIDAD

Aquella tarde, cuando Genoveva se hallaba en el tocador, entró su doncella diciéndole:

—La señora que vino el otro día para entrar de ama de llaves, vuelve por la contestación.

—Que pase—le ordenó Genoveva.

Al poco rato apareció la misma mujer que tanto interés le había demostrado al jardinero en querer entrar al servicio de los señores Campo Mayo, y Genoveva, admirablemente impresionada por la presencia de aquella mujer, le dijo:

—Acérquese, haga el favor... He leído sus cartas de recomendación y están conformes. Perdóne la pregunta... ¿Tiene usted familia?

—No tengo a nadie, señora—respondió tristemente la mujer.

—¿Y cómo se llama usted?

—Martina—respondió.

—¿Está usted conforme con las condiciones?

—Sí, señora — volvió a decir Martina—. Y tendría una gran satisfacción en entrar en la casa.

—Bien — terminó diciendo Genoveva—. Entonces puede usted traer sus cosas y empezar su trabajo desde mañana.

Martina sin poder ocultar la emoción que la embargaba en aquel instante, miró fijamente a Genoveva y se retiró diciéndole:

—Gracias, señora, gracias.

Y en una paz común, poseídos todos por una dicha que hacía la vida suave y tranquila, fueron

transcurriendo los años sin que la menor sombra nublara el cielo de felicidad que brillaba en aquel hogar.

Nació un niño, ángel que con sus risas puso la nota más alegre de la mansión de los Campo Mayo, y cuantos formaban parte de la familia adoraron en aquel chiquillo en el que Antonio y Genoveva veían la conjunción máxima de sus amores.

Precisamente el día que cumplía años (cinco años) el pequeño, Antonio Campo Mayo trabajaba aquella mañana febrilmente para terminar cuanto antes y poder regresar a su casa, cuando fué a visitarlo su tío para felicitarlo. Antonio mientras hablaba con él seguía trabajando, hasta que entró su secretaria y presentándole una abultada cartera le dijo:

—Hoy tenemos más trabajo que nunca.

—Ya lo veo, ya—respondió nerviosamente Antonio—; pero esta tarde no vendré a la oficina.

Su tío le preguntó:

—¿Por qué?

—Hoy cumple años mi pequeño...

El conde de Peñaranda se quedó unos momentos contemplando a su sobrino y al fin no pudo me-

nos que expresar su admiración diciéndole:

—Qué cambio más radical en tu vida, Antonio, durante estos años transcurridos: casado, trabajador y padre de familia.

—Y cada día más enamorado—terminó diciendo Antonio.

—Con una mujer como la tuya, ¿quién no lo estaría?

Antonio por toda contestación quedó contemplando el retrato de su mujer que tenía sobre la mesa de su despacho y comprendió cuánta razón tenía su tío al pensar así.

Mientras él se hallaba en la oficina, Genoveva se arreglaba para esperarlo, y Martina que la ayudaba, al contemplar la satisfacción que brillaba en el rostro de Genoveva, le preguntó cariñosamente:

—¿Está contenta la señora?

—Muy contenta—exclamó ella.

—¿Ya sabe usted, Martina, que hoy hace cinco años que está con nosotros?

—Sí, señora, cinco años—respondió Martina.

Genoveva se acordó que había sido precisamente el día de su reconciliación con Antonio y no pudo menos que decirle:

—Aquel día fué para mí más importante de lo que usted se cree, porque empezaba a ser di-

chosa... por eso la quiero a usted tanto, ¿comprende?

Luego, haciendo una transición en el tono de voz y mirando fijamente a Martina expuso sus temores diciéndole:

—Lo único que temo es que algún día quiera usted marcharse.

Martina miró fijamente a su ama. Había en sus ojos una fuerza emotiva tan grande que cualquier observador hubiera sospechado que aquella mujer sentía para con su dueña un cariño mucho más grande que el de sirvienta. Hizo un esfuerzo para contener la emoción que la embargaba y le respondió:

—No, señora... No me iré nunca...

—Acaso querrá usted vivir algún día con alguien de su familia.

—No tengo a nadie—respondió Martina—. Para mí los señores... son todo lo que tengo en el mundo...

—Gracias—exclamó Genoveva, conmovida por el tono sincero de Martina—. Nosotros también la queremos a usted... Yo más que nadie. Sin embargo, no sé por qué en los ojos de usted hay una pena, una tristeza escondida que atrae sin darse cuenta... Nunca ha querido usted contarme nada.

Martina bajó los ojos al suelo.

Su pecho se ensanchó por la fuerza de un suspiro y respondió tristemente:

—¿Qué podría contar yo a la señora? Miserias humanas, que ya están olvidadas.

Genoveva sintió haber hecho aquella pregunta que tanto emocionaba a su buena ama de llaves y se excusó diciéndole:

—¿He sido indiscreta? Llé hablo así por el cariño que le tengo... Siempre que he estado enferma, me ha cuidado usted con una ternura que yo no podré olvidar...

—No diga eso la señora—respondió Martina quitando importancia a su comportamiento—. He cumplido con mi deber, nada más.

—No, más que el deber—insistió Genoveva—. Se pasaba usted las horas muertas al lado de mi cama, con un deseo de verme buena y con una ternura infinita. Recuerde usted aquella vez que, de emocionada que estaba, la medicina se le caía de la cuchara.

—Es que siempre he tenido mal pulso—se excusó el ama de llaves.

—No, Martina, no. La verdad es que siempre ha sido usted muy buena... ¿Me permite una pregunta?... ¿No ha tenido usted hijos?

Martina palideció al oír la pregunta. Sintió que su corazón estallaba de ternura y con la voz velada, al mismo tiempo que en sus ojos brillaban las lágrimas, respondió débilmente:

—Sí, señora, tuve una hija.

—Y... ¿vive?

Martina movió negativamente la cabeza, miró con infinita ternura a Genoveva y le respondió:

—No, señora... Murió

—Sin embargo... Usted con el pensamiento siempre estará al lado de su hija.

—Sí, señora... Siempre estoy al lado de ella... con el pensamiento...

Genoveva se dió nuevamente cuenta de que había llevado, inconscientemente, la conversación por derroteros que eran penosos para la pobre Martina y pretendió animarla diciéndole:

—Bien, bien... A no ponerse triste, hablemos de otra cosa. Y ahora vamos al jardín a terminar los preparativos de la fiesta de los pequeños.

Salieron al jardín y en él encontraron al pequeño que, vestido de indio, les apuntaba con un revólver diciéndoles:

—¡Arriba las manos!

Las dos mujeres obedecieron, pero como al mismo tiempo lle-

gaba Antonio, se dirigieron hacia el lugar por donde debía entrar éste.

Martina, mientras llegaba Antonio, le preguntó a su señora:

—¿Por fin compran los señores aquella finca?

—¿Cuál?—preguntó Genoveva.

—Esa que decían en el campo.

—No, ya no—respondió.

—¿Y por qué no, si era tan hermosa? Con aquellos árboles que llegaban al cielo.

—Porque no la quieren rebajar. Es muy cara.

Martina la miró extrañada. Lo que menos podía ella pensar era en que la dificultad para adquirir la finca fuera precisamente el precio de la misma y, por lo mismo, exclamó:

—Perdone la señora, pero...

—¿Los señores no son millonarios?

—Sí, Martina—respondió sonriendo Genoveva—. Pero Antonio no quiere que se toque el capital mío. Nosotros vivimos de lo que él gana.

La sirvienta miró extrañada a su señora y no pudo impedir el preguntarle:

—Sin embargo, ¿lo que es de la mujer no es del marido?

—Naturalmente. Pero Antonio dice que para un marido decente el dinero de la mujer no existe. Y sabe usted cómo le llama—ex-

clamó riendo alegremente—: El dinero del diablo.

Martina bajó la vista hacia el suelo apesadumbrada por haber hecho aquella pregunta y Genoveva continuó diciéndole en el mismo tono festivo:

—Yo respeto este criterio mientras Dios le ayude.

Antonio había llegado adonde estaba su mujer con Martina y mientras que ésta iba por el pequeño para lavarle y prepararlo para el festín que organizaban sus padres con motivo de su cumpleaños, y al cual habían invitado a sus amiguitos, Genoveva no pudo menos que recordar la solicitud con que Martina trataba a su hijo y lo comentó diciéndole a su marido:

—¡Cómo quiere Martina al niño!...

—Es muy buena, la pobre—replicó Antonio, que se hallaba de perfecto acuerdo con aquel criterio de su mujer.

Verdaderamente el matrimonio no había tenido ni una sola ocasión para poderse quejar de Martina. Atendía todo lo de la casa con una solicitud y un cariño como si fuese de la familia. Cuando alguno de los dos esposos se hallaba enfermo, se pasaba las noches en vela atendiendo el menor deseo de ellos, y eran inúti-

les cuantas veces se la suplicaba para que descansase. Era necesario haberla tratado para poder llegar a comprender cuánta ternura encerraba el corazón del ama de llaves y cuánto era el cariño que profesaba a sus señores y al pequeño.

Aquella tarde, tal y como estaba preparado, en el mismo jardín se instalaron varias mesas para la merienda de la gente menuda. Sus padres, desde lo alto de la terraza, disfrutaban viendo cómo se divertían la gente menuda, quienes no paraban de consumir todas las chucherías que habían preparado para el caso.

Genoveva se sentía en aquellos momentos la mujer más feliz del mundo. Tenía cuanto podía ambicionar un alma anoble. El amor de su esposo, que lo veía cada día más enamorado de ella, el de su hijito, al que veía convertirse en un hombrecito y aquella felicidad tan intensa que gozaba jamás la hubiera podido ella soñar.

Miraba frecuentemente a su esposo y en sus miradas ponía tanto amor, que Antonio, adivinándolo, le cogió las manos y se las estrechó apasionadamente entre las suyas. Todo el cuerpo de Genoveva se estremeció de emoción ante la dulce caricia del esposo amado, mientras que desde lejos

Martina contemplaba aquel cuadro y se le humedecían los ojos, al darse cuenta de la dicha de aquellos dos seres a quienes tanto quería. Para evitar que nadie advirtiera su emoción se fué a la cocina y abandonó aquella fiesta infantil.

Pero Antonio Campo Mayo, el juerguista eterno que habíase convertido en un hombre de bien al influjo de una sincera pasión, quería que ni el menor capricho de su esposa quedara insatisfecho. Era aquel un día muy señalado en el calendario de su vida y quería señalarlo con el rojo de un día de fiesta completo. Por lo mismo, mientras tenía estrechamente abrazada a su esposa, la dijo sonriendo:

—En acabando la fiesta, ¿a qué no sabes dónde voy a llevarte?

Genoveva le miró, sin com-

prender la intención de su marido, y éste siguió diciéndole:

—A «Los Chopos». He decidido comprarte la finca que te gusta tanto.

Genoveva, le miró extrañada, no poseía tanto capital, y ante Estaba segura de que su marido aquella mirada interrogativa él le explicó:

—Mi participación en los beneficios de este año, nos permiten ese lujo. ¿Qué te parece?

—Toni — exclamó conmovida Genoveva, sin encontrar una frase que pudiera explicar en toda su intensidad el gran amor que sentía por su esposo y pagando con una sola de aquellas miradas todo el trabajo que durante un año había realizado Antonio, para poderle ofrecer aquel día aquella finca que tanto la había gustado.

UN AMIGO CÍNICO

Antonio y Genoveva habían montado un pequeño teatrillo de fantoches y durante un buen rato estuvieron entreteniendo a los chiquillos. Cuando se terminó la fiesta era ya algo tarde y Antonio que quería dejar aquel día terminada la compra de la finca le dijo a su mujer:

—Anda a vestirte, que quiero completar el día.

Mientras Genoveva se dirigía a la casa para cumplir el deseo de su esposo, Damián se acercó a éste y le dijo:

—El señor Javier Tolosa desea hablar urgentemente con usted.

—¿Javier Tolosa? — preguntó Antonio, molesto por aquella visita.

—El señor «Alí Babá» — volvió a decirle Damián.

—Sí, sí, ya sé — terminó diciendo Antonio—. Quédate aquí con los niños. Vuelvo en seguida.

Y mientras Damián se quedaba al cuidado de los pequeños, Antonio se dirigió hacia el interior de la casa, para recibir a su antiguo amigo. Le molestaba grandemente aquella visita. La vida depravada que seguía llevando Javier Tolosa había dado lugar a que Antonio, en cuantas veces lo vió, se lo reprochara.

Al llegar al *hall* vió a Tolosa de pie y su estado no pudo menos que inspirarle compasión. Su traje deshilachado, su barba crecida, el calzado roto y su gesto de sumisión dejaban bien claro

entrever la miseria por la que pasaba.

Antonio se le quedó mirando unos segundos y al fin le dijo a modo de saludo:

—¿A esto has llegado, Javier?

—Ya me ves — respondió el otro por toda contestación.

—¿Y a qué has venido?

Tolosa hizo un gesto comprensivo señalándose a sí mismo, y respondió:

—¿No te lo imaginas?

De sobra se imaginaba Antonio cuál sería el motivo de la visita de su amigo. Se había prometido no volver a auxiliarlo más, en vista de su conducta, pero al verlo en aquel estado, su compasión fué mayor que su desprecio y le preguntó:

—¿Cuánto?

—Poca cosa — respondió Tolosa —. Lo necesario para volver a Buenos Aires... Allí la vida es más ancha... se respira mejor...

—Dos billetes. ¿Está bien? — preguntó Antonio.

—De sobra — aceptó Tolosa.

Antonio sacó su talonario de cheques y le dijo:

—No tengo dinero encima. Tendré que firmarte un cheque.

—Lo siento — respondió dudosamente Tolosa —. Esto de entrar en un banco, con esta facha. Co-

mo ahora están de moda las operaciones bancarias a mano armada...

Antonio lo miró indignado y le impuso silencio diciendo:

—¡Calla! Me da pena oírte... ¡Y pensar que un día fuí tu compañero!

Le entregó el cheque firmado y mientras lo hacía Tolosa le dijo:

—Oye, si eres tan amable... de decir que me den algo de comer...

Antonio le miró extrañado. Nunca hubiera creído que su amigo llegase hasta aquel extremo y exclamó:

—Pero... ¿hasta eso?

—Sí, Antonio, sí — respondió Tolosa avergonzado —. ¡Tengo hambre! Esa sí que es una señora fea. La conocí en París...

Antonio hizo sonar el timbre de la cocina y le dijo a Javier:

—Espera. Me das lástima...

Minutos después se presentó Martina. Javier Tolosa al verla quedó como si ante él apareciera un espectro. Lo mismo le sucedió a Martina, aun cuando ésta supo disimular admirablemente su emoción, mientras que su señor le decía:

—Martina, déle algo de comer a este señor.

Toda la actitud de sumisión que demostraba Tolosa desapareció inmediatamente al ver a Martina, y con gran cinismo se encaró con su amigo, diciéndole:

—Muchas gracias, querido.

Antes de que Tolosa se fuera acompañado de Martina, Antonio por decirle algo que sirviera de consuelo al que en otro tiempo había sido su amigo le dijo:

—Supongo que nos volveremos a ver. Ya sabes que no te deseo mal, al contrario.

Tolosa miró irónicamente a su amigo, y suspirando hipócritamente, respondió:

—¡Cada uno a cuesta con su vida, Antonio!

—Tienes razón—replicó Campo Mayo.

Javier Tolosa volvió a mirar a Martina y algo infernal debió pasar por su mente, cuando se volvió a Antonio y le dijo, con marcada intención:

—Sin embargo... me parece... me parece... que aquí en España tengo un negocio interesante. Soy tan flaco de memoria que había llegado a olvidarlo—. Y devolviéndole el cheque que su amigo le había firmado, le dijo:

—Mira... ten.

Antonio Campo Mayo sin poder comprender a su amigo y

menos aun la causa por la cual le devolvía el cheque, preguntó extrañado:

—¿Qué haces?

—Te devuelvo tu cheque. Ya no me hace falta.

—¿Por qué?

Tolosa se encogió de hombros y exclamó, volviendo a mirar con marcada intención a Martina.

—Por lo que acabo de decirte. Y mira si es cierto, que ya ves lo que hago con tu cheque.

Lo rompió en unos cuantos pedazos y lo arrojó a la papelera, al mismo tiempo que Antonio le decía encogiéndose de hombros:

—Allá tú... ¿Tampoco quieres comer?

—Eso sí —contestó Tolosa—. Tengo hambre. Y un hombre con hambre, Antonio... figúrate de lo que es capaz...

Antonio Campo Mayo le miró con verdadero desprecio. La persona de aquel que había sido su amigo, le resultaba cada vez más repulsiva y le respondió:

—Un hombre con hambre, no rompe un cheque de dos mil pesetas.

Tolosa hizo un gesto incompresivo para Antonio, al mismo tiempo que le decía:

—Cuando hay ciertas perspectivas... ¿quién sabe?

—Bueno, bueno, allá tú—terminó diciéndole Antonio—. En fin, ves a comer.

La misma Martina le guió hasta la cocina, y Javier Tolosa se sentó, una vez llegados a aquel departamento de la casa en la silla que le indicó el ama de llaves.

Esta, sin dirigirle la palabra, le fué preparando las viandas sobre la mesa y cuando ya lo tuvo todo a punto, Tolosa se encará con Martina diciéndole:

—Bueno, bueno... Ahora me explicarás qué es lo que haces aquí.

Martina ni le contestó siquiera, pero le miró de tal forma y con tal agresividad que Tolosa siguió diciéndole, al mismo tiempo que reía con gran cinismo:

—Pero, mujer. Dos amigos como nosotros... ¿Es que no nos vamos a saludar siquiera?

Martina, poniendo en sus palabras toda la angustia que sufría en aquellos momentos, le suplicó casi llorando:

—Te ruego que te marches lo antes posible de esta casa.

Javier Tolosa no se inmutó por la actitud del ama de llaves, y al mismo tiempo que comía tranquilamente, la dijo:

—Calma, calma. Antes necesi-

to que me expliques qué *faenas* preparas aquí, haciendo de ama de llaves.

Martina le miró asombrada. Lo que menos ella hubiera podido creer es que Javier pensase que ella preparaba algo malo contra sus señores, y por lo mismo preguntó indignada:

—¿Faena, yo?

—Sí, la que sea—volvió a decirle él—. Yo me callaré, si te portas bien conmigo. Necesito dinero.

—Yo no tengo dinero—respondió el ama de llaves.

Javier Tolosa lanzó una carcajada. Le hacía gracia la negativa de Martina y exclamó:

—¿Me vas a decir que lo tiraste por la ventana...?

Y ante aquella risa soez, ante aquel cinismo que denotaba la falta de cariño hacia el amigo que había sabido socorrerlo, Martina le gritó en el colmo de la desesperación:

—¡Calla!... ¡Calla!

—¡No, hija, no...! ¡A mí no! ¿No has visto que he roto dos mil pesetas? Pues cuando lo he hecho es porque a mí detrás del dos me gustan más cerros.

—Te juro que no tengo dinero—volvió a decirle llorando el ama de llaves. Pero Tolosa sin

importarle la angustia de aquella pobre mujer, siguió diciéndole:

—¿Crees que voy a creérmelo?... ¿Tú, pobrecita?—. Se levantó violentamente, se acercó a ella y en una actitud que no dejaba lugar a dudas, terminó diciéndole: —Yo te aseguro que estoy aquí para tirar de la menta.

Martina abandonó su aire de humildad. Estaba seguro que con él nada conseguiría y retando a Tolosa, le preguntó:

—¿Qué vas a decir?

—La verdad. Diré quién eres. ¿Te parece poco?

Martina, en el mismo tono de amenaza que Javier empleaba con ella le respondió, poniendo en sus palabras todo el fuego y toda la convicción de una persona que está decidida a hacer lo que dice:

—Mira, Javier. ¡Yo defendiendo esta casa con toda mi alma!

—Si yo no hablo de ellos—le respondió tranquilamente Tolosa—. Hablo de tu dinero.

—Yo ya no tengo dinero, ya no es mío.

—¿Es decir, que lo regalaste? Tú, la mujer que sólo trató a millonarios con aquella ansia ca-

pantosa de dinero, tú lo has regalado... ¿A quién?

Martina bajó la vista al suelo y sin atreverse a pronunciar el nombre de Genoveva, respondió:

—A ella.

—¿A ella?... ¿Y quién es ella? —preguntó Tolosa, sin adivinar la persona.

—A mi hija, la dueña de esta casa... ¿Comprendes? Vivo con ella, respiro el aire que ella respira, la veo constantemente y soy feliz con su felicidad... Durante sus enfermedades la he podido cuidar como una madre... ¿Te vas dando cuenta?... Y ahora velo por su felicidad y la defenderé contra ti, contra mi y contra todos...

Tolosa la miraba extrañado. En la ruindad de su alma no había lugar para un cariño tan grande, y por lo mismo no podía comprender la abnegación de la misma fiera que una leona defiende a su cachorro.

—¡Cuando he renunciado a ser su madre, fíjate de lo que seré capaz!... Tú eres bueno, ¿verdad? no dirás nada...

—Lo siento... Necesito dinero... mucho dinero.

—Entonces, ¿estás decidido?

Tolosa se levantó, se fué hacia la puerta y respondió:

—Estoy decidido a todo... No tengo nada que perder.

—¡La vida! — exclamó Martina.

El se encogió de hombros y la dijo despectivamente:

—Te la regalo... Para vivir hace falta dinero. Morir... se puede morir gratis. No olvides mi dirección: «Cadena, número 10». Te doy tres días para arreglar este asunto. Y sin esperar ninguna contestación salió de la cocina, seguro de que Martina trataría de arreglar el asunto de forma que él no hablase.

Al cruzar el *hall*, se hallaban en la puerta para salir Genoveva y Antonio. Aquella creyó reconocer en aquel hombre al mismo amigo que ne otra ocasión hablara de su madre y le preguntó a su marido:

—Antonio, ¿quién es ese hombre? ¿No es el mismo amigo tuyo que...?

—No le conoces—la interrumpió Antonio—. Es un desgraciado.

Pero su cariño de hija la impulsaba a querer saber de su madre y suplicó a su marido:

—Toni, déjame hablar con él. Ese hombre dijo que conocía a mi madre.

Antonio la retuvo amorosa-

mente entre sus brazos diciéndole:

—¿Y qué ibas a saber? ¡La vida de una desgraciada... ¿No lo comprendes?

Tolosa ya se había marchado y Genoveva comprendiendo la razón que tenía su marido, le respondió cariñosamente y conformada:

—Tú tienes razón, Toni, pero yo quisiera saber... si vive aún... No sabes el dolor que es no conocer a una madre.

—Mira, amor mío — volvió a decirle Antonio—. Si ha muerto, agrádescelo a Dios y si vive, pídele a El que no la encuentres nunca... Anda, vámonos que es tarde...

Y cogiéndola de un brazo la sacó de la casa, para conseguir que olvidara el encuentro con Javier Tolosa.

...

Eran tres días, tres días únicamente los que tenía Martina para poder pensar en la actitud que debería adoptar. Desde luego estaba decidida a todo, antes que permitir que aquel desalmado destruyese la dicha de su hija.

Durante estos tres días Martina concibió mil ideas para poder convencer a Tolosa, aun cuando en su interior estaba persuadida de que aquel hombre no se dejaría influenciar por nada que no fuera el dinero. Veía que con su descubrimiento, el prestigio de su hija desaparecería si es que ésta quería continuar a su lado y por otra parte temía el que, después de todos sus sacrificios, Genoveva pudiera rechazarla.

En este estado de nerviosidad llegó el tercer día y aquella noche, Genoveva llamó a Martina y le dijo, momentos antes de salir acompañada de su marido:

—Martina, esta noche cenaremos fuera y después iremos al teatro. Cuida bien del niño.

—Descuide la señora—respondió Martina, viéndola marchar.

Al quedar sola una congoja infinita le subió a la garganta y dejó en libertad el raudal de lágrimas que llevaba en el pecho. Veía lo feliz que era su hija y temía porque un desalmado como Tolosa pudiera arrebatársela. Ante esta idea sus ojos brillaron como puñales y apretó los dientes en un gesto de amenaza, que de haberlo visto Javier, seguro que hubiera desistido de su propósito.

Cuando consiguió serenarse un poco se dirigió a la habitación del pequeño, cuidó de que quedara bien tapado y procurando que nadie advirtiese su salida, se fué en busca de Tolosa.

Recoraba exactamente las señas que éste le había dado y por lo mismo no dudó en buscar la calle.

Era ya completamente de noche y apenas si nadie transitaba por allí. Solamente se podía ver en el quicio de alguna puerta, o en alguna esquina, alguna desgraciada que esperaba tranquilamente a que algún transeúnte quisiera comprar la mercancía de su cuerpo. Al ver estos cuadros Martina pensó en su hija y sintió que la sangre se le helaba en las venas. Solamente el pensar que Genoveva pudiera llegar a aquéllo le daba ánimos para llevar hasta el final el plan que se había propuesto. Aceleró el paso como si deseara acabar cuanto antes y llegó ante la puerta de la casa cuyo número le había dado Tolosa. Se aseguró de que era el número diez y entró sin vacilar. Subió una escalera empobrecida por el tiempo y la porquería y llegó al piso habitado por Tolosa. Llamó y al poco rato apareció una mujer que, abriendo la puerta, le preguntó:

—¿Qué desea?

—¿Javier Tolosa?

—Aquí vive — respondió la mujer.

—¿Lo puedo ver? — preguntó nuevamente Martina.

La mujer abrió por completo la puerta y dejándole el paso libre la dejó al mismo tiempo que decía:

—Pase usted. Iré a avisarle.

En efecto, la patrona llamó a la puerta del dormitorio de Javier Tolosa, y éste desde la cama donde se había echado vestido, seguro de que Martina no faltaría, le respondió:

—Adelante.

—Hay una señora que pregunta por usted—le dijo la patrona.

—Que pase. Dígale que pase en seguida.

No habían transcurrido dos minutos cuando apareció en el marco de la puerta Martina, y Tolosa se incorporó en la cama preguntándole con su natural cinismo:

—¿Supongo que traerás el dinero?

Martina abrió el bolso, y antes de que Tolosa pudiera impedirlo, disparó sobre él. El disparo fué tan certero, que Tolosa cayó pesadamente al suelo sin poder

pronunciar una sola palabra y sin que Martina, hiciera el menor gesto para huir.

Aquel crimen dominó por completo a la pasión pública, aun cuando la delincuente se había confesado autora del crimen y lo había justificado con el propósito del robo. Había despertado aun más el interés público el hecho de que la criminal no admitiese defensor alguno y que en todas sus declaraciones se ratificase como autora del asesinato, sin querer dar más explicación.

En todo esto la opinión pública adivinaba que algún misterio debía encerrar aquello y hasta los mismos esposos Campo Mayo no admitían la idea de que el crimen fuese originado por el robo. Antonio Campo Mayo sabía de sobras la penuria en que se encontraba su amigo y por más que buscaba razones, no encontraba aquella por la cual Martina hubiera podido cometer aquel delito.

Para Genoveva el proceso de Martina fué uno de los dolores más grandes de su vida. Durante el tiempo que había permanecido en su casa había observado una conducta tan ejemplar y había sido tanto el cariño que les

había demostrado que Genoveva revolvía cuantas amistades tenía con el fin de encontrar el medio de salvar a su ama de llaves.

El día en que había de fallarse la causa, la sala se hallaba completamente atestada. Todos los testigos pedidos por la defensa habían sido ya interrogados en días anteriores y solamente se esperaba la celebración de la vista para fallar contra la delincuente.

En el banquillo de los acusados se hallaba la infeliz mujer, sin atreverse a mirar a nadie y esperando tranquilamente la condena que le esperaba, puesto que no había querido defenderse para evitar que en aquel asunto pudiera mezclarse para nada el nombre de su hija.

El fiscal una vez reunido todo el tribunal comenzó la lectura de lo actuado, leyendo en voz alta:

«A las nueve de la noche del día 15 de mayo 1936, Martina Álvarez dió muerte a Javier Tolsa, en una pensión situada en la calle de Cadena, número 10. La muerte fué instantánea, producida por bala de revólver. Según declaración que obra en autos, la testigo Pilar López, dueña de la pensión, dijo que no hubo discusión, ni ruido alguno

que denotase la lucha. El arma fué comprada en fecha de autos y a petición de la defensa...

—Un momento—exclamó Martina, interrumpiendo al fiscal— Yo no he solicitado la defensa de nadie.

—Efectivamente—respondió el defensor, interviniendo en aquel momento—. La acusada no ha solicitado mi defensa, pero la ley me obliga a cumplir con mi deber.

Martina, sin poder contener las lágrimas y deseando acabar cuanto antes con aquella situación, volvió a exclamar:

—Mi situación es bien clara, señores. He confesado mi crimen... ¿Qué más quieren?

—¡Cállase usted! — le ordenó el Presidente del Tribunal, quica dirigiéndose al defensor, le dijo:

—Prosiga la defensa el señor abogado de oficio.

—Defensa — siguió diciendo éste—que en este caso, señor presidente, es más difícil que en otro cualquiera, porque tropiezo con el empeño de la acusada en aparecer como una vulgar delincuente.

—Sus motivos tendrá—respondió el fiscal—. Yo no hago otra cosa que suscribir las palabras de la propia acusada.

—Pero yo estoy convencido de que no ha dicho la verdad—continuó diciendo el defensor—. En este caso, señores, hay una verdad oculta que es preciso que saquemos a la luz.

—¡Protesto! — exclamó Martina enérgicamente—. No hay más verdad que la que he dicho.

El defensor la miró compasivamente y le preguntó:

—¿Sigue usted afirmando que la noche de autos mató a Javier Tolosa?

—Sí señor—afirmó Martina.

—¿Y qué motivos la impulsaron a ello?

—Lo he dicho mil veces, el robo—volvió a decir Martina.

—Pero ¿no comprende usted que nadie la puede creer, puesto que Javier Tolosa no tenía dinero?

—Es una presunción no probada—intervino el fiscal.

—Pero que probaré muy pronto—respondió la defensa—. Solicito la presencia de Pilar López.

Poco después apareció la testigo solicitada por el abogado defensor. Era ésta una mujer de esas que no les gusta dejar la lengua quieta un segundo, y hablaba por los codos, como suele decirse.

—¿Es usted la dueña de la

pensión donde ocurrió el hecho? —le preguntó el presidente.

—Ay, sí señor — respondió la testigo—y mire usted, jamás tuve susto igual en mi vida. Porque una, es decir, cuando una...

—¿Tiene la bondad la testigo de ceñirse a las preguntas que se le hagan? — la interrumpió el presidente.

Ella le miró enfadada del tono con que la hablaba y respondió chulaponamente:

—Me ceñiré, sí señor, no hay que enfadarse.

—¿Dónde estaba usted cuando oyó el disparo?

—En la cocina.

—¿Sola o acompañada?

—Acompañada.

—¿De quién?

La testigo miró a todos lados y al fin se atrevió a responder:

—De un amigo.

—En su declaración anterior asegura usted que entró en la habitación dos minutos después de haber oído el disparo. ¿En qué empleó esos dos minutos?

—Me estaba cambiando de traje—respondió la testigo.

—¿En la cocina?

—En su casa, se cambia una donde le da la gana.

El presidente la llamó la atención por la forma en que respon-

diz al interrogatorio del defensor, diciendole:

—Tenga corrección la testigo.

—Y ustedes también para no preguntar ciertas cosas. Yo entré en el cuarto y vi al muerto en el suelo y a su lado a esta mujer que decía muy bajito: «los defiende yo», «los defiende yo».

—¿Y a quién cree usted que se refería al decir «los defiende yo»? —le preguntó el defensor.

—No tengo la menor idea.

—Está bien —la dijo el abogado encargado de la defensa—. Muchas gracias. Puede retirarse ya.

La testigo miró extrañada a todos los que formaban parte del Tribunal y preguntó:

—Pero ¿es que no me van a preguntar nada más? Con el sofoco que ha pasado una...

El defensor sin hacerle caso, se volvió hacia los que componían el tribunal y les dijo:

—Señores, el móvil no fué el robo. La frase «los defiende yo» nos hace pensar en móviles muy distintos. ¿A quién o a quiénes defendía esta mujer? Solicito la comparecencia del testigo Campo Mayo.

Martina se levantó rápidamente del asiento y gritó para oponerle a que ellos pudieran estar mezclados en aquel asunto.

—¡No, ellos, no... Ellos, no!

Se presentó Antonio Campo Mayo y después de prestar juramento, el defensor comenzó a preguntarle:

—¿Cuánto tiempo vivió la acusada en su casa?

—Cinco años —respondió Antonio, mirando compasivamente a Martina.

—¿Observó siempre buena conducta?

—Intachable.

—¿Tiene usted alguna sospecha de por qué la acusada sometió el delito?

—Ninguna, señor. Me parece increíble.

—Usted ha dicho en su declaración que la acusada y la víctima se vieron tres días antes de la fecha de autos en su casa. ¿Quiere usted explicarnos a qué fué la víctima a casa de usted?

—A pedirme dinero —respondió Antonio.

—¿Y usted se lo dió?

—Le di un cheque de dos mil pesetas, que inmediatamente rompió porque dijo que tenía a la vista un negocio muy interesante.

—La víctima y la acusada ¿se saludaron delante de usted?

—No, señor.

—¿Pero probablemente se reconocerían? — preguntó el defensor.

—Lo ignoro.

—¿Quiere usted decirnos quién recomendó a la acusada para entrar en su casa?

—Presentó cartas de los señores de Anglada y de Lucena — respondió Antonio.

—Puedo demostrar que ambas eran falsas.

El presidente llamó la atención al defensor diciéndole:

—Advierto a la defensa que está agravando la situación de la acusada.

—Perdón, señor presidente—le contestó el defensor—. Estoy tratando de descubrir la verdad para defenderla con ella. Solicito la comparecencia del testigo Santiago Martínez.

Se retiró Antonio Campo Mayo sentándose en un banco que había cerca del Tribunal mientras que declaraba Santiago Martínez, que era el jardinero a quien Martina había solicitado que le procurara entrar en la casa de los Campo Mayo.

El defensor dirigiéndose a él le preguntó:

—¿Qué opinión tiene usted de la acusada?

—Que es una buena mujer.

—¿Es cierto que usted vela a la acusada rondando constantemente la casa de los señores Campo Mayo?

—Sí, señor.

—Usted reconoce que la acusada tenía un interés extraordinario en entrar en la casa de dichos señores.

—¡No es verdad! — exclamó Martina levantándose del banquillo pero el defensor, sin hacerla caso, siguió preguntándole al jardinero:

—¿Es cierto que la acusada quería entrañablemente a sus amos?

Nuevamente se incorporó Martina y protestó de la pregunta del defensor diciendo:

—¡Falso, falso... No me importaban nada, nada!

—No diga usted eso—intervino Antonio. Y dirigiéndose al Tribunal le explicó—. Era buena y cariñosa con nosotros, como nosotros con ella.

—Pido la presencia de la señora Campo Mayo—exclamó el defensor.

Antonio al ver que hacían en-

trar a su mujer, no pudo evitar su nerviosidad, pero se avino a los descos del defensor comprendiendo que nada podía hacer en contra.

Al entrar Genoveva miró cariñosamente a Martina y no pudo menos que compadecerla diciendo:

—¡Pobre Martina!

—Señora — empezó diciéndole el defensor —. De lo que usted diga, depende la suerte de esta mujer... ¿No cree usted, señora Campo Mayo, que resulta absurdo que una mujer buena y cariñosa mate a un hombre sin explicación alguna?

—Desde luego — respondió Genoveva.

—Luego usted cree que en este crimen, hay una razón inexplicable, que es preciso buscar.

Martina ante el temor de que pudieran descubrir su verdadera personalidad y arrastrar con ella en la desgracia a su hija, protestó de nuevo enérgicamente.

—Basta, basta, a nadie le importan mis razones, que me castiguen, pero que no me pregunten más... ¿Qué es lo que quieren?... ¿Qué es lo que buscan?

El defensor no hacía caso a la acusada. Estaba convencido de

que ella no podría o no quería, mejor dicho, ayudarle y por lo mismo siguió preguntando a Genoveva.

—Voy a hacer una pregunta algo trascendental. La víctima fué hace años amigo del señor Campo Mayo... ¿No lo fué nunca de la señora?

—No señor, nunca — respondió Genoveva.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó exaltado Antonio.

—Calma a todos, calma — siguió diciendo el abogado —. Queda sentado que entre la víctima y la señora Campo Mayo no existió jamás ni la más mínima relación, que la señora Campo Mayo no sabía nada que se refiriese a la víctima... ¿Y la víctima...? ¿No sabía nada que se refiriese a la señora Campo Mayo?

Aquella pregunta fué un rayo de luz que iluminó el cerebro de Genoveva. Recordó la primera visita que Javier Tolosa hizo a su marido y como aquél hablara de su madre y entonces fué cuando empezó a comprender el motivo por el cual Martina procuraba aparecer culpable y evitar toda explicación. Sin poderse contener respondió a la pregunta del abogado:

—Sí... sí.

Por si algo faltaba, el abogado siguió diciendo:

—Señores de la sala, estamos muy cerca de encontrar la solución. Hace cinco años, un doce de mayo, la acusada entra en casa de estos señores. Tres meses antes ronda la casa, según declaración que obra en autos. Y su pasaporte está visado el 14 de febrero del mismo año en Cádiz. Es decir, que en cuanto pisa España busca la casa de los señores Campo Mayo y no descansa hasta entrar en ella. Su pasaporte, probablemente falso, está visado en varios países de América...

Genoveva comprendió toda la verdad. Ya no le quedaba duda alguna sobre la personalidad de Martina. No cabía dudar de que era ella su madre y sin poderse contener, dejándose llevar de su amor filial, corrió hacia el sitio donde estaba Martina y la abrazó exclamando:

—¿Es verdad...? ¿Es verdad?

—No, no, no. ¡Mentira! ¡Mentira!—exclamó Martina, pero sin fuerzas para rehusar el abrazo de su hija.

—Si es verdad—insistió Genoveva—. Por eso estabas a mi

lado. Por eso me querías. A ver si abrazada a mí puedes seguir negando que eres mi madre.

Martina seguía negando, pero al mismo tiempo acariciaba tan tiernamente a su hija, que la defensa dió por terminada la prueba y el presidente preguntó a la acusada si tenía algo que alegar.

—Diré toda la verdad—terminó diciendo Martina—. Quise vivir honradamente, lo juro. Busqué trabajo un año y otro y detrás de cada puerta siempre había una cara sonriente que me decía: «Usted no necesita trabajar»... Y me persiguieron, me acosaron, me hundieron en la miseria. Un día me dijeron: «Qué bonita es su niña. Será igual que usted». ¿Igual a mí? ¡No! ¡Eso nunca! Su vida no sería como la mía. Y entonces gané dinero, pero no con el placer, sino con el odio, para evitar que mi hija tuviera que sucumbir a la miseria que me hizo a mí sucumbir. Javier Tolosa me había conocido y me había amenazado con destruir la felicidad de mi hija y deshonrar su nombre y por eso lo maté. Ahora ya lo saben ustedes todo. No me importa que me condenen, con tal de que ella me absuelva.

Una hora después, volvía de

nuevo el Tribunal a reunirse y decretaba la libertad de Martina, quien acompañada de su hija y de su yerno regresaba otra vez a la casa.

El pequeño, al verla bajar del coche, corrió a su lado y la abrazó diciéndole:

—Mamá Martina... Mamá Martina...

Genoveva lo cogió en los bra-

zos y mientras dejaba que su madre le abrazara, le dijo:

—Mamá Martina, no, hijo mío. Abuelita... Dile abuelita.

Y mientras que abuela y nieto subían al interior de la casa, los dos esposos, lejos ya de todo lo que pudiera nublar su felicidad, se juraban una vez más aquel inmenso amor que siempre los había unido.

FIN

No pida usted una novela
cinematográfica cualquiera

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

o

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

publicadas por **EDITORIAL ALAS** que es garantía de selección

COLECCIONE....I

LOS GRANDES ÉXITOS DE Ediciones BIBIOTECA FILMS

Precio 1,25 ptas.

UNA MUJER DE EXPERIENCIA	DIME QUIEN ERES TU	DICK TURPIN
ENTRE NOCHE Y DIA	AUDIENCIA IMPERIAL	CAMPEONES OLIMPICOS
LA REINA DRAGA	EL TESTAMENTO DEL DOCTOR MABUSE	¿QUE HAY, NELLIE?
LA COMEDIA DE LA VIDA	PARIS-MONTECARLO	LA MUERTE DE VACACIONES
PRESTIGIO	GUERRA DE VALSES	LA ULTIMA CANCION
14 DE JULIO	UNA VIDA POR OTRA	EL VIAJERO SOLITARIO
LA AMANTE INDOMITA	UNA DE NOSOTRAS	GLORIA DE UN DIA
EL CORRESPONSAL DE GUERRA	EL COLLAR DE LA REINA	20.000 DUROS
UNA MUJER CAPRICHO-SA	LA MUJER ACUSADA	EL REY SOLDADO
DIPLOMATICO DE MUJERES	MORAL Y AMOR	ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL
EL ROBINSON MODERNO	PECADORES SIN CARETA	EL CABALLERO DEL FOLIES BERGERE
DANTON	EL CRIMEN DEL SIGLO	CORAZONES ROTOS
S. O. S. ICEBERG	EL ABOGADO	PODEROSO CABALLERO...
AMORIOS	TRAGICA ATRACCION	LAS CRUZADAS
	LA CASA DE ROTSCILD	
	LAS CUATRO HERMANITAS	
	TAS	

Tres libros necesarios en todo hogar

Publicados en BIBIOTECA UTIL

Precio 1,25 ptas.

ARTE CULINARIO ARTE DE EMBUELLECER BOTIQUIN DEL HOGAR

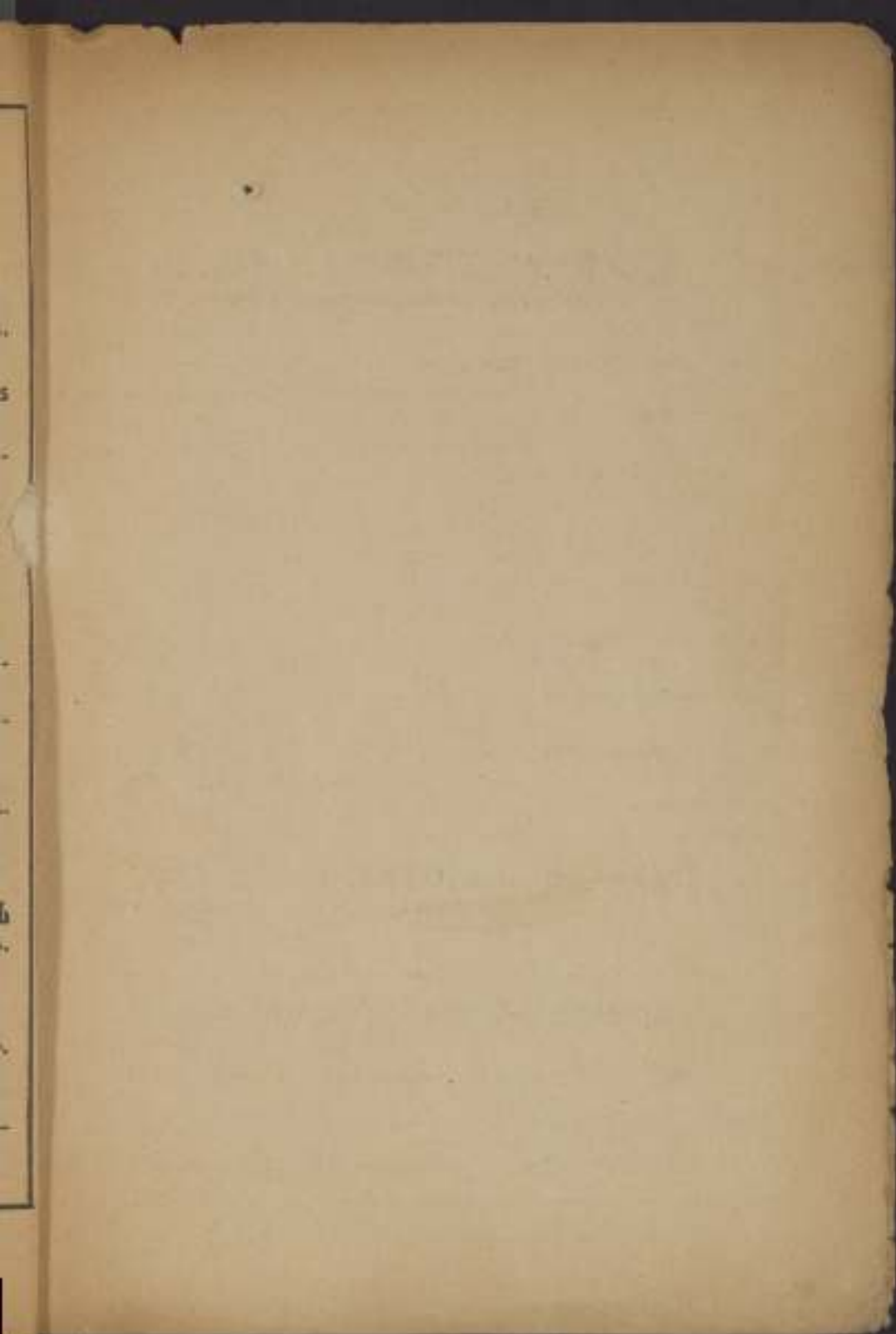
Aprenda las danzas de más éxito

Precio de cada tomo 0,45.

LA CARIOCA SLOW-FOX - FOX BLUES EL CONTINENTAL
EL BOLERO EL PICCOLINO

PRIMOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA



 editorial "alas"

2 Ptas.